

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII

San José, Costa Rica

1931

Sábado 28 de Marzo

Núm. 12

Año XII. No. 532

SUMARIO

Obreros	Azorín
Eurípides (y 5)	Sir Gilbert Murray
Poemas	Jaime Torres Bodet
¿Y el aspecto técnico?	Juan del Camino
Exhortación heroica	Manuel Segura
Marginaciones bibliográficas	G. Castañeda Aragón
Una accidentada visita a San José	Persiles

Un libro de poemas	Benjamín Jarnés
Veinte años de labor en el <i>Mercure de France</i>	Francisco Contreras
El Centurión de Cafarnaum	Ernst Wiechert
Del Evangelio según San Mateo	
Agrupación al servicio de la República	Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset y Ramón Pérez de Ayala

Obreros

=De *El Sol*. Madrid=



Por F. Amighetti

Vamos, lector; no hagas dengues ni hazañerías. Si te está bien, si te está pintiparada, si te está perfectamente, si parece que la han hecho a tu medida, si seguramente la han cortado pensando en ti. ¿Tú qué hubieras querido: que nos lanzáramos a la tarea así como vamos? ¿Con este terno flamante? Mejor hubiera sido, créelo, con el grotesco *chaquet*, o con el ridículo *frac*, o con el vulgar *smoking*. Fuera bromas, a ponerse la blusa; ya sé que la blusa va desapareciendo; sólo la llevan ya, puede decirse, que nuestros amigos los albañiles; pero la blusa siempre será cómoda para el trabajo; los movimientos con ella son fáciles, desembarazados; en un momento nos la ponemos y en un momento nos la quitamos. ¿Ves qué bien que te está? ¿Pues y a mí? ¡Ni que toda la vida hubiéramos sido carpinteros, herreros, tejedores! Estos tres oficios son los que vamos a practicar en el día de hoy; dejemos por unas horas los libros; olvidémonos de leer y de escribir. Nuestro pensamiento y nuestra sensibilidad los vamos a ejercitar hoy haciendo una silla, forjando unas trébedes, tejiendo un bello mandil de colores. Cosas fáciles todas; cosas que están al alcance de cualquier carpintero bisoño, o de un herrero primerizo, o del último de los aprendices de tejedor. Pero, lo diré también: cosas que exigen tanto pensamiento como escribir un artículo de literatura o de política. No adelantemos los acontecimientos; lo que haya de decirte, poniéndome muy serio, ya te lo diré al final. Ahora, al trabajo. Y ya estamos en la carpintería. El taller es reducido; nota cómo huelen las maderas que están ya aquí aparejadas, según término técnico, para hacer de ellas lo que se quiera. El pino, la caoba, el haya, el roble, todas las maderas, en fin, llenan con sus fragancias el pequeño taller; en un armario se hallan esperando las diversas herramientas. El día es templado; podemos tener abierta la puerta; abramos también esta ventana que tiene un cristal roto y que ha sido sustituido por un periódico. ¿Qué quieres que haga-

mos lo primero de todo? ¿Cepillar los barrotes para la silla? Sillas las hay de muchas clases; elegiremos para nuestra tarea una de paja. En el *Manual del carpintero*, de Nosban, traducido por D. Isidoro García Vicente y publicado en 1833; en ese *Manual* se hace el elogio de las sillas de paja. «Las sillas de paja—se dice—son las más sencillas de todas, tal vez las más sanas, las más frescas, y, sin disputa, las más ligeras.» Principiemos, pues, a trabajar en una silla de paja. El mismo autor añade que las «sillas de esta clase se hacen ordinariamente de cerezo silvestre, que se tiñe de color de caoba». En tanto vamos laborando con la sierra, con el cepillo, con el escoplo, con la lima, con la gubia, entonamos una canción; el tiempo va pasando sin que lo sintamos; nos apasionamos en la construcción del mueble; sentimos en todo el organismo un impulso igual al que sentimos cuando estamos escribiendo un artículo; experimentamos, al cepillar estos barrotes, un fervor idéntico al que experimentamos ante las cuartillas. Todo nuestro ser, espíritu y materia, trabaja en la construc-

ción de esta sillita, que va a resultar tan ligera, sana y elegante. Cuando la tengamos terminada, la pondremos sobre el banco y la contemplaremos amorosamente, dando dos pasos atrás, como el pintor o el estatuario contemplan su cuadro o su estatua.

¿Podremos terminarla hoy o será preciso volver mañana? Lo digo porque ha llegado el instante de trasladarnos a una herrería. No es grande tampoco este taller; es chiquito, y está, naturalmente, negro; negras las paredes, negro el techo, negro el suelo. En el fondo se halla la fragua; en medio está el yunque. Un mocito tira ya de la cadenilla del fuelle; el hogar es todo él una encendida brasa; el barrote de hierro que hemos puesto en el fuego está blanco. Lo sacamos con las tenazas, lo colocamos en el yunque y vamos dando sobre él con el recio macho. El tintinear de los martillos sobre el yunque es una cosa que nos ha encantado desde niños, cuando

en las madrugadas de invierno lo escuchábamos entre sueños. Ahora estamos bien despiertos; vamos a construir con este hierro unas bellas trébedes. Lo que hacemos en esta modesta herrería no son más que trabajos humildes; tú sabes que los herreros que no labran más que estos trabajos pobres se llaman chapuceros. Pues nosotros ahora somos unos humildes chapuceros. Nos parecemos al herrero de Arganda, que, según el refrán, «él se lo fuelle, él se lo macha, y él se lo lleva a vender a la plaza». Claro que en Arganda habrá herreros humildes, al igual que lo somos nosotros ahora; pero los habrá también que hagan labores de más enjundia. Asimismo dice otro refrán que «en casa de herrero, cuchillo mangorrero»; pero dentro de un momento, cuando tomemos una ligera refacción, verás cómo nuestro cuchillo no es tan tosco como dice la voz popular. Ya la tarea, después del trabajo que hemos hecho, ha terminado; tendremos también que volver otro día. Corramos hacia el tercer taller. ¿No es verdad que ya quedan pocos telares de mano en España? ¡Y qué bonitos que eran! Gene-

ralmente se hallaban en el porche espacioso de la casa; la casa se levantaba en una callejita solitaria y silenciosa. El tejedor parecía una arañita agazapada detrás de su tela; en el silencio de la casa y de la calle, el traqueteo del telar resonaba rítmicamente. Se estaba tejiendo una gruesa saya de colores, o uno de esos mandiles que se ponen todavía sobre los panes para llevarlos al horno desde casa, en los pueblos en que aún existen hornos públicos. El horno público, como el lavadero, como la solana, era una institución en el pueblo. Se hablaba en él a gritos; todas las historias íntimas de la ciudad eran allí referidas con toda clase de pormenores; sonaban las palabras castizamente. Estar escuchando los diálogos tan pintorescos y expresivos que se mantenían en el horno era como leer unas páginas de la tragicomedia de Calixto y Melibea. Pero nos estamos entreteniéndolo con la charla; nos espera el telar; tejéremos hoy un poco y volveremos mañana. El tejido que vamos a labrar será de lana de distintos colores; las franjas verdes irán entremezcladas con las rojas y las azules. Después pondremos el repostero encima de una mesa y nos estaremos recreando con nuestra obra. El sol, que entrará por la puerta, pondrá un vívido y esplendente rayo sobre lo verde, lo azul y lo rojo. ¿Habrà alguna página, de todas las que escribimos, que pueda superar a este bello tejido? Y este tejido, y esta silla, y estas trébedes, ¿no serán el equivalente de un artículo, de un poema, de un capítulo de novela, de un ensayo?

Amemos a los obreros manuales. Que los obreros manuales de todo el mundo sean la verdadera patria de elección de cuantos manejamos la pluma. Más cerca estamos los escritores de un herrero, de un ebanista, de un tejedor, que de un ministro, de un general, de un banquero, de un magistrado, de un embajador, de un obispo. Cuando los escritores publicamos convocatorias para actos literarios o damos a la publicidad documentos de diversa índole, ¡qué bien estaría que, entre los nombres de poetas, noveladores, ensayistas, figuraran los de algunos de estos hermanos nuestros! El nombre de un herrero, de un albañil, de un tipógrafo, de un carpintero, de un tejedor. El pensamiento no se puede limitar; va desde el poema o el ensayo que estamos escribiendo hasta la ligera y elegante silla que acabamos de construir. Esos hombres de la madera, del hierro, de la lana, de la piedra, trabajan durante toda su vida; durante toda la vida trabajamos nosotros. Ellos no pueden permitirse el lujo—que es el supremo lujo—de estar enfermos; nosotros no podemos permitirnoslo tampoco. Un ebanista pone todo su cuidado, todo su fervor, en hacer de un modo fino la silla que nosotros hemos hecho; nosotros ponemos todo nuestro fervor en escribir una página artística. Hay formas insuperables en el arte; por mucho que nos esforcemos, no podremos nunca llegar a imaginar una forma superior, más perfecta, más artística, que la de estas trébedes tan humildes, o la de este cántaro, que viene haciéndose así durante siglos y siglos en los alfares, o la de esta silla tan pobre y tan simpática. Por mucho que nos esfor-

ceemos, no podremos imaginar tampoco una prosa superior a la de esa prosa tan sencilla, tan clara, la de quien sabe escribirla en que una cosa—nada más fácil—va colocada después de otra.

En 1854 D. Francisco Pi y Margall publicaba su libro *La reacción y la revolución*. Este libro es a Pi lo que *El porvenir de la ciencia* es a Ernesto Renán: un almacén de todo, un enquiridión de todas las ciencias sociales. Hay en el libro de Pi filosofía de la Historia, filosofía del Derecho, Derecho político, psicología social. Todo lo mejor del maestro está ya en estas páginas tan generosas y tan libres. Y naturalmente, el autor no podía menos de abordar el tema de las relaciones entre los intelectuales y los obreros. El pensamiento es uno—hemos dicho—: va desde el poema hasta la obra del trabajador manual. No establezcamos privilegios a favor de los intelectuales cuando hablemos de los obreros. Esos privilegios serían injustos. «El talento—escribe Pi—no es más que la especialidad de nuestras facultades. Si existe una función social que exija mi especialidad, y yo la ejerzo, en nada puedo ser acreedor a más que el proletario, cuya capacidad limitada basta para llenar una función tan social como la mía. Mi talento no es creación mía, no depende de mi voluntad que le tenga y no le tenga; no hay compás para medirle. ¿Cómo ha de dar motivo a diversidad de retribución ni a privilegios? ¿Dónde está aquí la justicia? ¿Dónde los elementos de orden?» Y más adelante, al tratar de las diferencias establecidas en las capacidades para las funciones polí-

ticas: «¡Insensatos! Como si la independencia y la capacidad fuesen hoy susceptibles de medida; como si muchas artes mecánicas no exigiesen la aplicación de un mayor número de facultades intelectuales que esas profesiones que habéis llamado sabias; como si hubieseis resuelto ya el problema de la equivalencia entre talentos y funciones, y pudieseis decir: Desde esta clase arriba gozan los hombres de inteligencia para apreciar el valor político de sus semejantes; como si no supierais que el juicio es independiente de esa misma especialidad individual a que damos el nombre de talento.» Y para acabar, hablando de la libertad de expresión, que intelectuales y obreros debemos defender a toda costa, como condición ineludible de la civilización universal: «La imprenta, reclamo ahora toda vuestra atención, es uno de los medios de comunicar el pensamiento. Ahora bien, por el pensamiento vive el hombre, por el pensamiento se desarrollan a la vez él y su raza. Un pensamiento precede a cada acto de su voluntad; y el trabajo, aún el más material, no es sino la aplicación del mismo pensamiento. Si os oponéis, pues, a su libre emisión, os oponéis también al desenvolvimiento de la especie, os oponéis a la marcha progresiva del trabajo». Del trabajo, que es fruto de la iniciativa individual; del trabajo, sea el de construir una silla o el de imaginar un poema, que requiere necesaria e indefectiblemente la plena libertad de pensamiento. Y en el ejercicio de esa libertad fecunda somos hermanos los que trabajan la materia y los que escribimos.

A z o r í n

Eurípides

=Introducción al volumen que contiene las admirables versiones en verso inglés que hizo Sir Gilbert Murray del *Hipólito* y de *Las bacantes* de Eurípides y de *Las ranas* de Aristófanes. Traducción de SALOMÓN DE LA SELVA para *Repertorio Americano*=

y 5.—Véanse las entregas 7, 8, 9, 10 y 11.

¿No podrían los hombres sabios de Atenas comprender lo que un niño siente, lo que una fiera siente, lo que el poeta siente, que vivir—vivir y gozar de la Naturaleza, de la Aurora, de la Puesta del Sol, de los eternos misterios y descubrimientos y maravillas del mundo—es en sí una gran dicha? «Ama al día, ama la noche», dice Eurípides en otro coro. Sólo así se puede hacer la vida lo que efectivamente es: Júbilo. Y no sólo hay que amar al prójimo—elemento tan vívido en la vida que, a menos que lo amemos, lo demás se nos echará a perder!—sino hay que amar todos los detalles de la vida y las maneras de vivir. La vida entonces se vuelve como el viaje de Dionysos por mares mágicos, o, mejor, como el viaje, más variado aún, de los enamorados en el poema de Shelley:

Mientras la Noche
en pos del Día, y tras toda Tormenta
siempre la Calma, van en vuelo eterno,—
nuestros ministros sobre el mar ilímite
que ávidos por servirnos, se atropellan,—

de suerte que las vicisitudes y los dolores no son sino sirvientes del todo jubiloso.

Parecíale a Eurípides,—en esa metáfora favorita suya, que siempre ha sido algo más que metáfora,—que un Dios había sido negado y desechado por el mundo del que había surgido. Aquellos hombres consumidos por muchas luchas, llenos de sospecha, llenos de ambición y de orgullo intelectual, casi desnudos de todo sentimiento, a menos que llamemos emoción a los odios que aviva la política, recorrían la Vida aprisa en presencia de cosas augustas en las que nunca fijaban ojos de atención, y en medio de alegría y de belleza con las que se negaban a soñar. Por eso, para él, «los mundanamente sabios no son sabios» (v. 395). El poeta, en cambio, puede tener su Paraíso especial, lejos de los lugares frecuentados por los hombres ordinarios, lugar más dulce que la dulzura de Chipre o de Pafos:

El alto valle donde sus moradas
tienen las Musas,—
ellas de cuanto hay bello lo más bello—

y hallar allí cuanto su corazón en verdad anhela, y el don de poder adorar en paz el sacro Fuego de la inspiración que le guía. Pero Dionysos da su Vino a todos los hombres, no sólo a los poetas. De modo que, contra el poeta, puede endurecerse el corazón de los hombres sólo cuando «desprecian la alegría». Por lo demás, dice Eurípides:

Ese rebaño Humanidad, — sencillo,
sin nombre, — tiene acciones y creencias
que entrañan para mí verdad bastante!

Suyo es, pues, un misticismo que abarca a la democracia así como incluye al amor al prójimo. Amor al prójimo y democracia son detalles, necesarios los dos, para el logro del fin cabal. Ello implica fe en el «hombre sencillo», rasgo siempre característico de la mayoría de los grandes idealistas y reformadores. Ello implica también la doctrina de la Igualdad, doctrina esencialmente religiosa y mística, de continuo probada falsa en cualquier sentido nuevo que se formule, y que, no obstante, de continuo mantiene su lugar entre las creencias vivas del hombre.

A primera vista resulta raro, extraño, este menosprecio del Eurípides de *Las bacantes* por «los sabios» y por la sabiduría. Toda su vida había sido él poeta luchador, poeta soldado, del conocimiento, apóstol del progreso y de la ilustración. Pero no existe contradicción verdadera. Su queja es que «los sabios» no lo son lo bastante, que el conocimiento que el hombre logra es cosa tan poca y tan estrecha en comparación con el conocimiento que soñara lograr. En uno de sus pasajes más difíciles y hermosos, Eurípides parece darnos él mismo explicación amplia de su modo de pensar a este respecto (vv. 1005 ss):

¡No somos enemigos encontrados
tú y yo, Saber!
Yo corro tras de ti con pies alados,
tu servidor más fiel;
pero azotan al mundo fuertes vientos
que no vienen de ti,
tempestades que baten los cimientos
de la mansión que alzaste para mí,
y en medio a la tormenta que desgarró
el cielo azul,
la lucha de la garra con la garra,
que no resuelves tú;
entre el fragor del odio y del cinismo
de ley opuesta a ley,
surge, lejos de ti, sobre el abismo,
la Vida que proclama a Dios su Rey!

¡Y qué grata es esta voz del Eurípides de antaño entre la música extraña, nueva, de *Las bacantes*!

No nos corresponde juzgar en este ensayo hasta dónde sea cierta esa doctrina, ni hasta dónde sea buena o mala. Nos basta ver su esencia: Que el fin que la vida sirve no es del futuro, ni está en las cosas externas, ni se logra mediante el éxito o la buena fortuna, ni nos lo puede quitar lo que otros hagan: Vivamos de conformidad con la Naturaleza, y la Vida misma será la dicha. El Reino de los Cielos está en nosotros, aquí y ahora. No tenemos más que aceptarlo y vivir en él, en vez de crearnos tinieblas que nos lo escondan, tinieblas

de luchas mezquinas, y de odios, y de andar buscándolo en donde no está.

Por una parte esta doctrina es a la vez práctica y humilde: Es la doctrina del contento, la doctrina que nos enseña a mejorar las cosas cooperando con ellas y amándolas. Por otra parte, es un llamado a la fe casi mística del poeta o artista que hay en todos nosotros. Probablemente no hay quien no haya tenido — bien sea en las montañas de Suiza, o en los prados comunales de Surrey, o en las calles repletas de gentío de las grandes ciudades, en los asientos altos de los ómnibus de Londres, y aún dentro de las casas londinenses — la sensación momentánea de estar, al parecer, rodeado de una vastedad casi intolerable, de belleza y de deleite y de interés — ¡Ah, si pudiera uno hacer suya para siempre esa hermosura o entregarse a ella para siempre! El crítico dirá que ése es el busilis. De nada sirve decirle al mundo que halle la felicidad viviendo perennemente en el alto nivel de estos momentos efímeros, momentos que en los altos poetas y en los profetas pueden durar días. Es más sencillo y más práctico decirles a todos que cada uno tenga una renta de diez mil libras esterlinas al año.

No nos enredemos en lucha con ese punto. Pero vale la pena apuntar aquí, para terminar este estudio, que la línea de conducta que Eurípides sugiere fue, históricamente, la seguida por casi todas las más elevadas mentalidades de la antigüedad y de la primera época del cristianismo. Excepto Aristóteles, que, característicamente, se aferró a la ciudad concreta y al ciudadano cumplidor

de sus deberes y pagador de impuestos todos los grandes dirigentes del pensamiento griego se volvieron de espaldas al mundo y buscaron refugio en el Alma. Las palabras que he empleado al azar — Vivamos de conformidad con la Naturaleza — expresan el fundamento de la doctrina moral no sólo de los estoicos sino de todas las escuelas filosóficas. Los platonistas buscaban la Bondad, los estoicos la Virtud, los epicúreos el Placer; estos diversos nombres nombran un mismo Fin; Fin que no siempre está en el futuro, ni es cosa del más allá, sino actualidad, por apartada o lejana que parezca, que existe dentro de nosotros mismos, dentro de cada ser.

La antigua devoción a la Atenas del Siglo Quinto, a aquella Princesa entre las Ciudades que tan bajo y temiblemente había caído arrastrando, al caer, a sus amantes por lodazales de sangre y polvo, cobró nueva vida en una especie de fascinación mental de los filósofos individuales de las postrimerías del helenismo y de principios del cristianismo. Pero ya no era ciudad terrestre la de su anhelo, ni ciudad a la cual rendirle homenaje en conquistas militares, ni dándole policía eficaz, ni pagándole impuestos y creándole servicios de educación pública. Era, antes bien, «la gran ciudad única en la que todos son libres», o la Ciudad del Alma Humana. «El poeta ha dicho,» — escribe uno de los últimos estoicos, hombre que tenía ciudad propia, y bien grande, que cuidar, — «El poeta ha dicho: ¡Oh Amada Ciudad de Cécrope! ¿Y no puedes tú decir: ¡Oh Amada Ciudad de Dios!»

Sir Gilbert Murray

Poemas de Jaime Torres Bodet

= De la obra *Destierro*. Madrid. Espasa-Calpe, S. A. 1930 =

Sueño del hospital

Yo tenía que llegar.
¿Adónde?...
No lo recuerdo.
Quemaba rieles de luz,
cortando luna, el trineo.
La lluvia oxidaba el sol
en el grito de los perros...
Ochos de látigo oí
multiplicándose el viento.
Yo tenía que llegar.
¿Adónde?...
No lo comprendo.

Del otro lado del mundo
me estaba llamando un pueblo
brusco, metálico, sordo,
erizado de teléfonos.

El hambre me perseguía
por los vitrales del sueño,
dibujando — entre racimos
de bodegones flamencos —
frías peras de metal,
manzanas de raso terso,
granadas acribilladas
de perdigones sangrientos,
pescados con armaduras,

pavos de toisón al pecho
y cervatillos con bosques
de azoro en los ojos tiernos...

La Virgen de los Termómetros
dijo de pronto:
Está ciego.

Y mi sangre se elevó
por mil columnas de acero
hasta llegar a la aduana
— ¿de dónde — ¿de qué país?...
No puedo ya. No lo encuentro.

En balastradas de fiebre,
de codos, el firmamento.

Abajo brillaba el mar
niquelado del espejo,
y en su lámina de azogue
un ángel, todo de blanco,
estaba tomando el pulso
de un cronómetro de hielo.

La Virgen contó hasta cien.
Dijeron no los silencios.

En un patio de hospital
quedaba un paisaje muerto.

Vinieron horas de vidrio.
Pasaron horas de fuego.
Calores y fríos eran
collares de un mismo cuello;
cendales y gruesos paños
vestidos de un solo cuerpo.

La hoja de la retama
contaba el color del tiempo.
Con plata, para el verano.
Con oro, para el invierno.

Yo tenía que llegar.
¿Adónde?...
No lo recuerdo.

Nada

Nada.
Ni ese retrato póstumo que el diablo
olvida en la retina de los muertos.
Ni ese jardín que rompe las vidrieras del aire
cuando decimos a un niño que no.
Ni ese tropel de dichas prohibidas
que está queriendo siempre salir de las alcobas
—por las rendijas de los marcos—
al ruido de las puertas que cerramos.

Nada.
Ni la velocidad con que las horas
se vuelven a insertar en el cuadrante
cada vez que miramos el reloj.
Ni la fatiga con que las abuelas
durante las veladas del Invierno
ensayan la sonrisa
que asumirán, en los daguerrotipos,
cuando el gemido de una espineta desafinada
[las nombre
y un siglo entero resucite en el abanico de un
[minué.

Nada.
Ni la boca de vaho
que olvidan despintarse los espejos
al volver de una noche de aventuras con la neblina.
Ni la palabra de esa carta escrita con tinta
[simpática
que el calor de una brasa revela pero destruye
y la blancura de la nieve sepulta pero conserva.
Nada.
Ni esa vergüenza histórica de mujer rescatada
a las cenizas de un deseo,
que te hace, si duermes, comparable a Pompeya.
Ni ese modo de estar
cortada en dos por el desastre
de un volcán apagado más allá de la luna.
Ni esa parvada de palomas
que la aurora despierta, en el piano,
sobre las últimas teclas de las sonatas en ruinas.
Nada.

Soledad

Sólo sin mí te reconozco viva.
Nunca en tu soledad, callada, muerta.
Pálida en el pudor de ese ramaje
que te aprisiona en el vitral del aire.
Última en el silencio de esa horquilla
que olvidan en la nieve de la almohada
las mujeres que amamos en los sueños...
En la ternura de una carta de amor equivocada
[de nombre,
en la resignación de una ciudad desierta,
en la sombra amarrada a los pies de un cadáver
[por el cordel de la aurora,
sólo en esos instantes eres mía.
¡Ay, pero qué difícil
es recogerte de pronto en ese laberinto de
[angustias!

Música de indolencias,
yedra de movimientos silenciosos,
alma
caída toda hacia el amanecer
del sueño en los abstractos paraísos...

Pereza

El calor te pasaba, cada vez,
una risa más fresca, de lino, por la cara.
Y te pintaba, en cada esquina de los ojos,
la sombra de una calle de ventanas tan altas
que tardaba la luz en descender
un día entero de la voz a la mirada.
Desdeñosa, llevabas el calor
atado, con desdén, sobre la espalda.
Y te sentaba el sol como un descote.
Y la quietud te endurecía
en una solidez de aire de piedra
sin pedestal, ni músculos, ni flamas.
De tus manos abiertas
caían secas las hojas últimas de las palabras.
Y se hacía la sed, entorno a ti,
cóncava y de cristal, columna blanca

en cuya redondez
el deseco—al girar—se adelgazaba.

Perezosa, llevabas el calor
como un vestido, perezoso, de agua.

Hielo

Hielo de abril, contra el calor fundido
de esta última rosa del otoño
que resulta, de pronto,
—reflejada sobre un tiempo invertido—
la rosa de la nueva primavera.

Labras
al frío el esqueleto de una luz tan exacta
que la boca del aire ya no puede
tocar sin vaho, disolver sin mancha.

Y enseñas al jardín
la geometría blanca del invierno
emplomando con sol esos vitrales
a cuyo lago de cristal te asomas,
príncipe del dibujo,
capitán de la escuadra de los triángulos,
hielo de abril, maestro del paisaje...

Estampas

¿Y el aspecto técnico?

Un problema de educación

=Colaboración directa=

Un amigo que nos lee para estimularnos—virtud muy rara—nos escribe: «Su *Estampa* relativa al muelle pide un juramento moral para ayudar a que esa empresa se conserve siempre al servicio de los intereses vitales de la nación. Es bastante hacer, pero ¿y el aspecto técnico.»

El aspecto técnico, repetimos; cuestión importantísima, agregamos como reflexión. Acabamos de presenciar la caída al mar desde el muelle, de la grúa que hacía el trabajo de arrancar las piezas de una defensa mal colocada. ¿Se ha volcado esa pesada máquina por ausencia de técnica? Es posible que sea uno de los tantos accidentes usuales en esta clase de ocupaciones. Sin embargo, es un suceso que revela un síntoma malo. Para extraer la grúa de la profundidad marina no cuenta el país con otra grúa potente, ni con el personal entendido. Hay entonces que acudir a la única compañía que puede hacerlo por medio de una de sus agencias: la United Fruit Co. No sólo se contrata con ella ese trabajo, sino el del desmantelamiento de la defensa, con lo cual reconocemos nuestra incapacidad para atender un servicio corriente del muelle. Y la United Fruit Co. no confía la tarea a quien pueda hacerla fracasar. Un técnico instala la máquina, dirige su funcionamiento con seguridad plausible. El resultado es, desde el punto de vista técnico, absolutamente satisfactorio.

Ahora bien, ¿no es para despertar alarma la caída de la grúa y la intervención de una compañía con una historia funesta en la absorción de la vitalidad del país? Tiene que serlo para todos aquellos espíritus preocupados, atentos al menoscabo que va sufriendo la vida libre de la nación. Hoy carecemos en el muelle que hemos construido para res-

pirar el aire que nos libra de la opresión que sopla del lado Atlántico, de servicios elementales. Dentro de algún tiempo esa carencia puede extenderse a otros menesteres y entonces se acudiría, como en esta emergencia lamentable, a la panacea que administra la United Fruit Co. ¿Qué sorpresa podrá darnos el contrato que ponga en manos de esa Compañía el atraque de barcos y la carga y descarga de los mismos? Cualquiera día, no será ya la grúa la que la impericia echa al mar. Un barco puede chocar contra las defensas y destruirlas o destruirse. La mercancía puede caer al mar o incendiarse en el muelle, o deteriorarse con la lluvia. ¿Qué vendrá como fatalidad incontenible? El contrato con la United, por experta, por pronta, por conocida. De esta manera, entregando hoy un servicio y mañana otro, nos vamos quedando sin muelle, vamos dándole amo explotador que lo encadene a su servidumbre y encadene al país.

El aspecto técnico que señala nuestro amigo benevolente no es menester cuidarlo tan sólo en el muelle de Puntarenas. En gran parte de los sectores importantes que son sustento de la vida libre de la nación, precisa meterse a exigir que no se abandone. El muelle se convertirá en una esclavitud si no queremos darnos cuenta de que debe haber un departamento en donde expertos en esta clase de empresas, dirijan y manden. En esclavitud se ha convertido la empresa de carreteras precisamente por nuestra ignorancia. Se quiso construir carreteras, muchas carreteras, todas las que el turista pudiera recorrer para su deleite. Pero con ese deseo no nació el de crear la oficina con el personal que pudiera dar trato científico al

vasto negocio. De haber tenido al experto preparado, la piratería extranjera que se avalanzó sobre los millones destinados a caminos, no habría podido engañarnos. Sería quizá posible, si no disfrutar de tanta vía de comunicación como se imaginó, si de alguna. Y con seguridad sí podríamos vernos hoy libres de la uña y del diente de esa piratería extranjera a quien hubo que arrancar del hocico insaciable los últimos restos del festín. Lo que perdimos con no haber tenido el departamento que nos diera el conocimiento científico.

Un caso digno de exaltarse es el que ofrece el Servicio Nacional de Electricidad. Mientras esta institución esté servida por hombres de una gran capacidad moral, por hombres que quieran salvar la electricidad para beneficio de todos, no será posible el suceso que aniquile ese bien de la nación. La astucia extranjera que acecha, en vano querrá hallar allí campo para la sorpresa. El país no se verá nunca comprometido en este grande y trascendental negocio. La voracidad extranjera no podrá enquistarse valiéndose de nuestra ignorancia. Y a los hombres que el país puso a servir esa institución les ha bastado darse cuenta de que el problema requiere saber, para lo cual es indispensable estudio. Como complemento de la actitud moral han agregado el conocimiento técnico. De esta manera han capacitado a la institución para tratar plenamente el grave asunto de la electricidad.

¿Por qué no seguir para todos los departamentos nacionales una conducta igual? Estamos en una época de acechos por parte del capital organizado afuera

para reducir a su dominio todas las fuentes de riqueza de nuestros países. Pensemos que el muelle de Puntarenas tiene que ser codiciado y que la manera de impedir su enajenación es rodearlo de todas aquellas fuerzas de protección invulnerables. Pensemos que si por incapacidad entregamos esta empresa, tras ella reducirá el amo a su dominio la otra empresa nacional, la del ferrocarril. Y entonces habremos llegado al colmo de la abyección. ¿De qué podremos dolernos ya, si voluntariamente dimos lo que teníamos destinado a menesteres de libertad? El tiempo es propicio para hacer que estas obras nacionales no puedan nunca pasar al dominio particular, al dominio extranjero, que es el peor de todos. Por un esfuerzo heroico de todas las voluntades firmes en la defensa de los intereses de la nación, se opondría la barrera que diera en el sepulcro con todos los asaltantes rapaces, criollos y extranjeros.

Mas en el fondo de estas cuestiones lo que surge es un problema serio de educación que debe plantearse sin dilación. Leíamos hace poco un artículo del escritor James Truslow Adams en el cual examina severamente los vicios de la educación norteamericana. Subrayamos este párrafo importante: «Cualesquiera que fueren los fines de la educación, yo pondría como primero y más importante el de tratar de inculcar en el niño el deseo y la capacidad de pensar.» Nosotros podríamos hacer igual afirmación. Para las generaciones que se educan no habría bien mayor que hacerles pensar

Juan del Camino

Puntarenas y marzo del 31.

en que se vive en una patria que debe conservarse libre. Pensar en que esa libertad sólo puede disfrutarse por el sacrificio diario. Pensar en que cada cual debe hacer por esa libertad una serie constante de esfuerzos. Pensar en que es necesario conservar todos los recursos que sustentan esa libertad. Pensar en que es a cada costarricense a quien corresponde la vigilancia. Pensar en que de los colegios debe salir con buena preparación para entender tanto problema como presenta la vida de un país.

O en otras palabras, darse cuenta de que el disfrute de una patria libre lo tendremos mientras seamos espíritus preocupados, mientras nos acostumbremos a no delegar la vigilancia sobre las cosas de la patria. Una educación orientada a producir esa conciencia nos pondría en mejores condiciones para la lucha contra los poderes de absorción desatados, principalmente de los antros del Norte. Nos daría un porcentaje grande de gente animosa, resuelta a no dejarse sorprender por las astucias de los taimados. Crearía generaciones influidas de otras aspiraciones. No podría con ellas triunfar tanta maldad como se señorea hoy en un medio indiferente y abúlico y hasta depravado.

Generaciones que se encaren a la realidad que el país va viviendo, que anticipen su condenación a tanto vicio y desvergüenza que pudren la libertad de una patria. Esto es lo que necesitamos como obra de nuestra educación. Porque, ¿qué otras fuerzas pueden moldear el tipo de hombre que no malee instituciones, que no pervierta defensas, que no se entregue descarada y vilmente a la piratería extranjera que nos azota?

Exhortación heroica

=Envío del autor=

*Hombre que llegaste en las carabelas,
al soplo de una ansia que nada apagó;
hombre que a la pampa sin fin interpelas
y al trópico rindes alma y corazón.*

*Hombre que llegaste del otro hemisferio
en corcel dorado por la luz del sol;
hombre que asumiste el grávido imperio
mostrando los pliegues de un viejo pendón.*

*Te acogió un fecundo continente ignoto
y en todo paisaje y en toda extensión
ritmaban las claves un himno remoto
de júbilo y fuerza, de empuje y ardor.*

*La flecha del indio doblóse en tu escudo;
y al fin, cuando incólume tu fuerza venció,
airoso avanzaste y el indio no pudo
dominar a Cristo con Huitzilopostli.*

*Y en esa suprema bienaventuranza
encontraste un campo de alucinación
para Don Quijote y para Sancho Panza
y un cielo infinito para tu fervor.*

*El desierto, el río, la cumbre, el barranco,
los bosques profusos, el antro sin voz,
endebles tornábanse ante el hombre blanco
duro en la conquista, suave en el amor.*

*Y una raza nueva diste al nuevo mundo,
con un sesgo de indio y otro de español
y el ánima llena de claror profundo
que brilla en los cielos en tanta extensión...*

*Hombre que llegaste de lejanas tierras,
aún no has colmado tu anhelo interior
porque a la cordura tu espíritu cierras
y luchas sin tregua y atacas feroz.*

*Te quejas del Norte, de la brava fuerza
con que siempre avanzan los del Septentrión;
y te dueles de una raza que se esfuerza
hace cinco siglos por ser lo que es hoy.*

*Sin embargo, débil porque quieres, copias
cuanto lleva marca puesta en Nueva York
y te apartas siempre de tus leyes propias
y oyen sus becerros de oro tu oración.*

*El viento que sobre las pampas escuchas
con rumor de siglos, tus ímpetus vió;
los Andes miraron tus trágicas luchas,
te vió el Amazonas vencer bajo el sol.*

*Te quejas, no obstante, del rubio. Te quejas,
llevando en ti mismo heroico blasón;
execras su estirpe, lo imitas y dejas
que caiga marchito tu espíritu en flor.*

*Sé grande, sé único. No sigas a nadie,
no intentes futuros, a todos di: ¡Soy!*

*Tu raza es gloriosa, déjala que irradie
lo mismo que un astro de vivo fulgor.*

*Hombre que llegaste en las carabelas
que guió hacia el enigma Cristóbal Colón:
recuerda que el viento que daba en sus velas
no fué sino un soplo divino de Dios!*

Manuel Segura

San José, Costa Rica, 15-III-1931.

Marginaciones bibliográficas

= Envío del autor =

SOME SPANISH-AMERICAN POETS.—*Alice Stone Blackwell*.—*Introducción y notas de Isaac Goldberg*.—*Appleton And Co.*—*New York*. 1929.—Un libro excelentemente editado, que acaba de aparecer, con más de medio millar de páginas y más de doscientos poemas traducidos al inglés por la señorita Alice Stone Blackwell.

Las traducciones de la señorita Stone son traducciones muy bien hechas y su labor merece aplauso, ya que con este libro pone al alcance de los numerosos lectores de habla inglesa gran parte de la obra poética y literaria del continente nuestro. Pero sus gustos, nada nuevos en la mayor parte de la selección—y esto es lo lamentable—la han llevado a hacer traducciones de poetas y autores que hace ya mucho tiempo no leemos en América y de otros que por lo absolutamente desconocidos, y mediocres, además, suenan a rancio y a hueco en las satinadas páginas de la antología. Quizá la inteligente hispanista, a quien tanto debemos autores por ella traducidos, se propuso ante todo un criterio pedagógico en la densa y dura labor a que ha dado remate con la publicación de este libro.

En cuanto a las notas del señor Goldberg, habría para muchas glosas. Baste apuntar la simpleza de apreciación que contienen dos de ellas, tomadas al azar, entre las menos disparatadas: Anotando el señor Goldberg el poema de *Cosas del Cid*, de Darío, muestra su erudición diciendo: «Tizona era la espada del Cid, Babieca su caballo y Jimena su amada esposa». Del poeta colombiano Diego Uribe dice: «Editor, sub-director de la Biblioteca Nacional, Gerente del Teatro Municipal de Bogotá. Poeta de sentimiento y sencilla compasión. (Textualmente en inglés: *Poet of sentiment and simple compassion*.) Esto es en lo que se refiere a información, que en cuanto a crítica, el autor de *Studies Spanish-American Literature* no parece haber vivido vida de investigación sino hasta el modernismo, al cual alude en su introducción, como etapa última del movimiento literario en la América del Sur. De ahí, no más, puede deducirse que este estudio del señor Goldberg apenas si puede considerarse como un trabajo inicial, desconcertante por lo indocumentado y por lo ingenuo.

O ESPÍRITO IBERO-AMERICANO.—*Saúl de Navarro*.—*A Graphica Moderna*—*Río de Janeiro*.—Este es un libro de juicios, de crónicas, de estudios de algunos de los principales poetas y escritores de Hispano-América, resaltando en ellos el brillante estilo del comentador y la habilidad sorprendente con que rebusca el grano de oro en el tumulto de tantas páginas leídas.

El libro, interesante y amenísimo, del escritor brasileiro, redactado en la más pura prosa portuguesa, pues Navarro ha renovado completamente la expresiva lengua de Eça de Queiroz, está dividido en cuatro partes: *Os Andes*, *Os Pampas*, *Os Vulcões e O Deserto*, y *Panoramas*

Literarios, y es el primer volumen de la obra emprendida, y ya ejecutada en parte, con tanto calor de cariño por las letras hispano-americanas.

Además del escritor socialista de *Prosas Rebeldes* y del crítico y el ensayista, hay en Navarro un lírico incontenible que, a cada paso, deja correr el agua clarísima de las imágenes, para que en ella se reflejen, temblorosas como constelaciones, las ideas que sustenta la fluida y grácil onda verbal. En el libro abundan frases como ésta: «No pudiendo besar las estrellas esquivas, besaba mujeres indescifrables».

Podría anotar cientos de felices momentos del escritor, a quien, lo repito, a pesar de sus facultades analíticas, reclama frecuentemente la forma a que en vano trata de sustraerse en ocasiones.

RUMORES DEL CAMINO Y ORQUÍDEAS DE MI SIERRA.—*Eduardo Ferrer*.—*Tipografía del Diario de la Costa*.—*Cartagena de Indias*.—Obra de un buen poeta del pasado son estos dos libros de Eduardo Ferrer, el hombre que se hizo a sí mismo, y que aprendió el lenguaje secreto de la naturaleza al contacto con las más acerbadas realidades. Estos dos libros, contenidos en una sola edición, tienen el exacto sabor de una autobiografía en la que muchas veces es el paisaje el que cuenta el estado de alma del contemplador. Versos cincelados con un gran sentido de la música de las palabras, hay entre ellos muchos de corte galante, evocadores de un mundo que el poeta nombra ya con melancólico dejo. En un soneto, por ejemplo, dice:

«...en la inquietud de tu mirada
recoge la tristeza de la mía...»

Pero reacciona y en un momento exalta la amplitud colmada de su vida actual, sintetizada en

«...un rincón apacible donde Taine interroga
y Nietzsche en la locura de su impiedad se ahoga,
y Kempis saborea el perdón de Jesús...»

En las palabras con que el autor introduce a la lectura de su libro, se lee esta frase: «... al publicar este libro siento la impresión de un soldado que, no habiendo contribuido a la victoria, pone a flamear a los cuatro vientos una bandera retrasada». Pero Ferrer no tiene

G. Castañeda Aragón

Santa Marta, Colombia, 1930.

DR. HERDOCIA

**Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta**

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

razón. Su libro no es un libro de retaguardias. En él están latentes todas las inquietudes nuevas, todos los dolores del presente, aunque en su engañosa envoltura de rima y ritmo se note la tradición inconfundible de los maestros castellanos del siglo pasado, y tal vez más que de ninguno, del famoso Balart.

He de escribir con detenimiento sobre la obra de Ferrer.

LA RAZA SUFRIDA.—*Carlos B. Quiroga*.—*Talleres Gráficos Argentinos*.—*L. Rosso*.—*Buenos Aires*.—«Novela americana» subtítulo su autor este libro netamente argentino, y no sé hasta dónde tenga razón la clasificación aludida, ya que, a mi entender, lo americano como género literario no existe. Aquí somos diversos de palmo a palmo. Lo mejicano no es lo argentino, ni esto es lo chileno, y así en lo que hace referencia a los demás pueblos. Baste decir que la novela dicha proverbialmente «americana», quizá la más popular, como tal, en las copiosas ediciones de lengua extraña, la obra poética de Jorge Isaacs, no tiene un solo punto de contacto, en lo integralmente racial, con la otra novela «americana» de grandes tirajes, la *Amalia*, de Mármol. Y así con obras de ahora mismo que sería largo enumerar.

La novela de Quiroga comienza por la autodescripción psicológica del héroe, un enfermo que va en busca de renovación corporal y espiritual a una comarca del Noroeste argentino, y que relata en una epístola las alternativas de su transformación, desde aquella tierra donde «las montañas son ásperas y el paisaje desolado». *Ventura Quinteros* se cura allí de su mal de irrealidades y se entrega a la vida febril de la Cordillera, tan interesante por su naturaleza trágica. Pasada la abstracción de las primeras páginas, entra el novelador en plena narración y logra páginas de fuerza y colorido admirables. La figura de *Inocencio Quilpidor*, el irremediable malhechor cordillerano, recuerda muy a menudo la de *Don Segundo Sombra* y otras, porque, desgraciadamente, el mantiferrismo lo ha contagiado todo en la literatura del Plata.

Pero hay que hacer casilla aparte a este aventurero de Quiroga. Quilpidor muéstrase lleno de fuerza racial y posee un alma inconmensurable. A su rededor la tragedia ulula como una manada de hambrientos lobos. Quiroga ha tallado en piedra andina el relieve orográfico de esta figura literaria, quizá la menos falsa, quizá la menos teatral de toda la payadora literatura argentina.

En cuanto a procedimientos, Quiroga lucha frecuentemente con su tendencia al rasgo ancho, al cincelado de un solo lineamiento y caería en sopor al enfrentarse al paisaje brutalmente igual del Noroeste, si no hallara recursos inteligentes en lo episódico. Sus figuras femeninas, por otra parte, se salen en relieves enérgicos de sus bloques.

Carlos B. Quiroga es un escultor formidable.

Persiflage

Una accidentada visita a San José

= Colaboración directa =

Para Rómulo Betancourt, por si es cierto que leía con su novia los *Diálogos* de Platón.

San José es casi aldea: lo sé; lo comprendo; ello no obstante, San José es todavía la ciudad más grande, la de mayor bullicio y animación, que yo conozco. Mis lectores extranjeros se reirán de mi ingenuidad: confieso que, las veces que voy a San José, quedo aturdido: ¡veo tanta cara desconocida; oigo tanta voz extraña; las gentes se mueven con una prisa cuyos móviles, por ignorados, me confunden; y observo en mí un fenómeno que, porque me agrada sobremanera, he de contarlo: San José me embriaga.

Recorro sus calles con la cabeza nublada de humos a través de los cuales el mundo se me bambolea y hace chistosas muecas y se pone en extravagantes actitudes; y un espíritu se apodera de mis piernas, danzón y alado: ando y ando, de la estación del Atlántico cuesta abajo al Parque Morazán, como en un *pas seul* de coreografía juglaresca, y cuando llego a la Biblioteca Nacional, la sangre me canta en las mejillas con acompañamiento de bajos cordiales y de *pizzicatti* en las yemas de los dedos. Y allí, ¡qué olor el de los libros! Me encanta estarme un largo rato, hasta que se me apaciguan los pulsos otra vez, viendo los estantes atestados de volúmenes. ¡Qué bien se ven los de la colección de Rivadeneyra; qué bien las enciclopedias; qué bien mis favoritos, los clásicos griegos y latinos! No tengo tiempo para bajar ninguno y abrirlo y hundirme en él. No importa. Unos son viejos amigos: los saludo con cariño: mi Tucídides grave y hondo, mi Heródoto decidor y amplio y siempre lleno de alta emoción, mi Jenofonte filoso como cumbre de cordillera, mi Tito Livio mentiroso, mi Homero sonoro, mi Catulo dulcísimo, mi Platón cuajado de estrellas, de luz espesa, igual que una vía láctea; y un volumen que hay de *Aristophanem Scholia Graeca* y otro de *Fragmenta Euripidis*, y tomos sueltos de la colección de Sir John Lubbock, y las muchas ediciones de Horacio, y las pocas de Virgilio, y, dejo de contar! Los miro a todos como a amigos encontrados en una muchedumbre: mis ojos van desordenadamente de unos a otros; y cuando ya me alejo y vuelvo a la ciudad, es sintiéndome confortado. Sí, yo soy ese ser raro que en medio de una civilización de victrolas y de cine parlante, conozco más íntimamente a ciertos libros viejos que a los seres humanos con quienes me rozo cada día.

Esta vez don Joaquín estaba atendiendo a ciertos personajes importantes. A distancia le ví, de pie en su covacha libresca, gesticulando a propósito de quién sabe qué motivo mientras que un individuo entre sus visitantes tomaba apuntes: algún profesor yanqui, o periodista, no me cabe duda. ¡Qué iba a hacer yo en ese grupo! Heredia se vació toda en don Joaquín, y Heredia explicándole el país

a unos oyentes yanquis, de pie en covacha libresca y gesticulando a propósito de quién sabe qué motivo, me repelía: don Joaquín es todo voz, voz melosa, voz para coro de ascéticos frailes encapuchados: hasta cuando nos leía la descripción de doña Endrina, parecía que salmodiaba secuencia sacra de vísperas claustrales. Grato es el recuerdo de la enseñanza que me impartió; he releído muchas veces pasajes del *Calila y Dynua*, y la historia de los mures que comían fierro—este cuento, no sé por qué, más que los otros—me evoca siempre la figura de don Joaquín, menos adiposa que hoy, hecha voz de música gregoriana. Pero con eso y todo, él es la Escuela de Heredia y, caray,—pensé esta vez—cuando se llega a San José es triste cosa caer de sopapón en Heredia explicándoles el país a unos periodistas, o profesores, de tierras bárbaras.

A la puerta de la Biblioteca me quedé quién sabe cuánto tiempo. Estaba embobado en inconscientes recordaciones de mis lecturas de los clásicos. Mis ojos miraban el trajín ciudadano; mis oídos oían la danza salvaje de un disco de fonógrafo tocado como a cien varas de distancia; pero en el fondo de mí, como rumor de lluvia, sonaban versos griegos y cláusulas latinas con un ruido familiar y amable, y en medio de esas armonías, sólo Dios sabe por qué razón de repente escuché la sentencia optimista de Goethe, aprendida de labios de Gissing: *Was man in der Jugend begehrt hat man im Alter die Fülle*. Comprendí entonces, y me reí de ello interiormente, que la embriaguez de la ciudad me había poseído. No sé qué reloj dio una de las horas *quae nobis pereunt et imputantur*, y oí las campanadas como si fuesen un llamado de alegría, un llamado de la hora *cum regnat rosa, cum madent capilli*. Cogí por la pendiente mesurada que cae en la Avenida Central y, por esta vía de márgenes de vidrio, seguí hacia el centro, asomándome deleitado en todas las ventanas del comercio.

Ella me vio primero, porque cuando reparé en ella con asombro, una sonrisa de inefable *amusement* iluminó su faz. Estaba la bellísima muchacha distraída sacándoles el jugo a un cerro de naranjas de oro, en un aparato zumbador, que me había embobado porque su ruido de abejón eléctrico que yo trataba de escandir me sonaba a ciertos hexámetros de la *Odisea* en los que el poeta dice el fragor siempre igual de un mar sin horizonte.

Al reparar yo en ella con asombro, mi reina de las naranjas de oro, desde su Cólquida moderna, desde su jardín de las Hespérides puesto al servicio del turismo y disfrazado todo con artefactos del viviente siglo, me sonrió con divina sonrisa: así sonreiría Afrodita cuando el

Persiles

Heredia, febrero, 1931.

garzón de Ida le otorgó la manzana de belleza, así sonreiría Helena, en su palacio de Esparta cuando el troyano príncipe disfrazado de pastor ovejuno le habló por vez primera, así sonreiría Nausícaa cuando el náufrago semejante a un dios le dijo la bella inmortal salutación, y ella le respondió con mayor donosura que jamás tuvo doncella alguna que hablase con mortal. Sonrió la hermosa de las naranjas y en mi embriaguez fue ella como visión evocadora. Seguí mi recorrido de la calle soñando antiguos versos. Frente al edificio de las compañías eléctricas debo de haber dicho en alta voz—pues un haraposito rapaz me hizo seña de que yo estaba loco—el soberano pentámetro de Marlowe:

Is this the face that launched a thousand ships?

La mofa del limpiabotas me hizo surgir toda la sangre al rostro. Volví en mí de mi abstracción. Me dí cuenta de que estaba en la capital de la República, yo, maestrillo insignificante, y de que el papel que hacía era de lo más deplorable pareciendo, en plena Avenida Central, un infeliz escapado del Asilo Chapuí. Pensé si no habría sido de burla también la sonrisa de mi deidad de hacía un momento. La ciudad se me volvió monstruosa, amarga, dura, enemiga, cruel: tan grande ella, y yo, en ella, tan pequeño: mis sueños todos en inminencia de que me los aplastara. El tranvía por allí pasa muy cerca de la acera y su campana de voz imperiosa, malcriada, agria, amenazante, me hizo saltar cuando la oí.

Anduve, anduve, anduve. No hice la visita al Ministerio que debía haber hecho. Me arrinconé en un lugar apretado del camión, y regresé a mi pueblo. ¡Ah, si tuviera yo otro ánimo!

Averiguaría si de veras me enamoré de la muchachona fresca, de ojos grandes, de brazos torneados, de linda sonrisa reluciente, que exprimía naranjas del otro lado de un vidrio de ventanal de edificio moderno. De seguro que no lee *Repertorio*. Pero si alguna vez lee esto, a los dioses luceros a quienes desde hoy llamaré sus hermanos—Cástor y Pollux, los Gemelos de Leda—fervientemente les ruego que brillen en su corazón: así puede ella apartar de su lado todo espíritu de burla, y enternecerse pensando en que un instante fue encarnación de diosa y de reinas como diosas para el que, ebrio del aire de su ciudad, reparó en ella con asombro.

¡Si volviera a San José, y fuese atrevido a entrar en el exótico lugar en donde sirve; y si le hablara, y si me respondiera! ¿Qué cosa le diría? ¿Qué me diría ella? ¡Ah, si sus ojos me miran otra vez, sus oscuros ojos grandes—¿así será, de noche, el mar?—no podría pronunciar palabra!

Pero entonces sabría yo que la amo. ¿Qué pavor me posee de sólo pensarlo?

Ahora comprendo por qué el hebreo le decía a su amada: Tu belleza es terrible como ejército que viene con banderas desplegadas.

Siempre he querido amar. ¡Oh Goethe!, ¿cuándo habré mi ensueño?

Mira que ya voy para viejo.

Letras

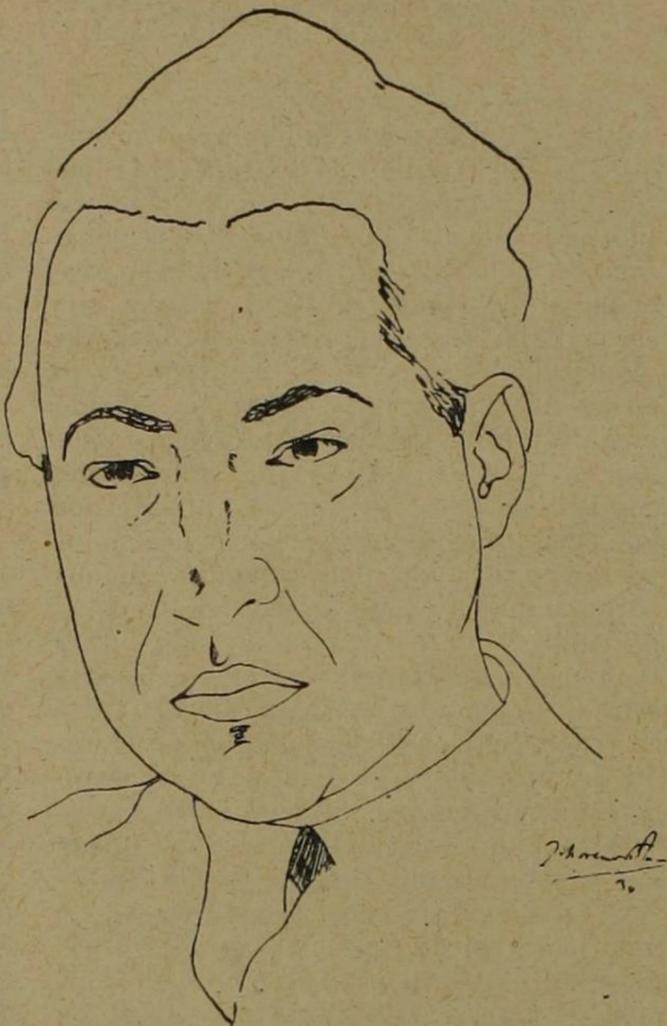
Un libro de poemas

= De La Vanguardia. Barcelona =

1.—El universo está aquí—en un libro—, frente a nosotros, órgano complejo de miles de tubos invisibles, de miles de registros cuya manipulación nadie conoce totalmente. Un mundo cargado de electricidad dormida hay aquí, frente a nosotros, ofreciéndonos uno de sus mejores bruñidos teclados de marfil.

Alzamos la tapa, abrimos el libro. Si nuestros sentidos son capaces de hallar los registros que halló el poeta, una parcela del orbe comenzará a vibrar con igual ímpetu que al escribirse estos versos; se nos revelarán iguales misteriosas relaciones entre las cosas. Si nuestros dedos son pesados, toscos, es inútil que querramos establecer la comunicación. El fluido no obedecerá. Por eso una obra poética pocas veces encuentra su crítico. El crítico, ante el órgano de escondidas arterias eléctricas, se comporta como un afinador. Ante todo busca en él los tubos desafinados, y brega en las entrañas del libro hasta hallar los granitos de polvo que interrumpen la circulación.

«El poeta se sirve de cosas y de palabras como de teclas—escribió otro poeta—; y toda la poesía descansa en una asociación.» Quien ante un libro de poemas se sienta con afanes superiores a los de un afinador, no dejará de tropezar con esas válvulas que, al ser rozadas amorosamente, abren cancelas mágicas. Porque entre nosotros y el mundo exterior hay siempre muros espesos, pero los bloques pueden desgajarse por una súbita centella. Si el pensamiento del filósofo—acaso monótono de ariete—desmorona piedra a piedra la más sólida construcción, una certera imagen de poeta le hace rasgarse en espléndidos rosetones. ¿Abiertos hacia muros más altos? Preferimos hacia este mundo en que vivimos, hacia esta misma realidad de que formamos parte. El poeta contemporáneo—hablamos de quien se siente actual—no pretende conducirnos a mundos fantásticos, forjados con irisadas—falsas—espumas del que vemos, sino revelarnos ciertos parentescos ideales del cañamazo que a diario estamos viendo sin conocer toda la ruta de sus hilos. No tiene el poeta por qué crear un mundo; le basta con descifrar el de todos, con hallar el interruptor capaz de hacer visible, en un momento, una certera instalación. El mundo viejo estrena así contornos nuevos. Una calle, un edificio, cambian súbitamente de arquitectura bajo la presión de un dedo. Aquella cornisa desdeñada pasa a convertirse en el cauce geométrico—y luminoso—más robusto; tal ménsula que sostenía un negro y feo pedrusco, pasa a sostener un delicioso racimo de ámbar; esta línea borrosa deviene rúbrica incandescente... Así un poema. Cuando un poeta desciende a los infiernos, lo más enmarañado se reparte en armoniosos círculos; aunque descienda a un vertedero, no habrá despojo que no se trueque en algo vivo. La vehemencia personal del poeta lo transfigura todo. Su construcción personal se superpone a la más trivial apariencia. El mundo es el mismo, pero siempre había de él perfiles ignorados. Un dedo sabio hirió la tecla exacta, y en el aire se fraguó la nueva construcción.



Jaime Torres Bodet

Por J. Moreno Villa

Poeta: ingeniero en cuyos planos la cosa más enclavada en tenaces geometrías, acaba por cambiar de perfil. De rostro.

2.—Ese teclado hoy corresponde al poeta mejicano Jaime Torres Bodet, autor del libro *Destierro*. En él dice:

Todo mi tacto crece en frondas finas
y lo sacude un látigo de nervios musicales.

Quizás por esas frondas, en las imágenes de *Destierro* predominan los elementos plásticos. Quizá por esos nervios, hay en cada poema un compás característico que define la construcción. Imágenes táctiles que avanzan sin perder el ritmo escrupulosamente preestablecido. Ritmo que no roe nunca la expresión—como en las viejas cabalgatas líricas—, aunque en ocasiones se corre el peligro de verlo tiranizar el verso. Pero la expresión vence. ¿Quién no conoce los tres enemigos de la expresión artística: lo lógico, lo plástico y lo rítmico? Pero son tres enemigos a quienes es preciso reunir, con gran cautela, aunque jamás logren ser totalmente amigos. Sólo de su constante escaramuza vencida puede nacer el buen poema. Porque el poema es una encrucijada, y los caminos misteriosos que en él confluyen, de aquellos tres puntos de partida arrancan. La razón amenaza con hacer del poema un silogismo. La plástica preferiría convertirlo en un catálogo de primores terrestres. La música, en otro de primores celestes; en una góndola hacia el país de lo inefable—es decir, de lo incon-

creto—. Pero la ingeniería—todo buen poeta es, ante todo, constructor—, aún la misma ingeniería lírica, o es concreta o no es nada. Aún el buen místico—el mismo San Juan de la Cruz—escribe sus *Noches* de arrobó con la misma precisión que Alfredo de Musset.

Primero—y siempre—la expresión, cabalgando sobre el trípode... Jaime Torres Bodet, enamorado de la música, no se deja arrastrar por ella a esos muelles divanes de la facilidad. Su verso es, efectivamente, heraclitano—y sólo hablamos aquí del libro *Destierro*, porque su producción poética, en verso y en prosa, es muy extensa—; pero sus imágenes obedecen a su propio relieve, no al compás de marcha. Su verso es «fluido», pero sólo lo necesario para que en él se refleje exactamente cada primor de las márgenes. Sólo debiéramos llamar ritmo al latido peculiar de cada verso o grupo de versos que cierran una línea expresiva. Lo demás son batutas exteriores, capaces de acompañar a un mismo tiempo a muchos buenos y malos instrumentos. Sólo creo en los poemas que tienen fisonomía y temperatura individuales. ¿Quién puede creer en pulsos estandarizados? Como la forma viva, también el ritmo debe ir de dentro afuera. Del corazón a la piel. El contenido moldea a la vasija, no la vasija al contenido. ¿Quiere alguien presentarnos una emoción, un pensamiento—no discutamos el nombre—que haya nacido predestinado a encerrarse en la jaula—o en el fanal—de un soneto?

3.—Los poemas de *Destierro* están escritos en verso libre, en ese verso que ha roto las cadenas de papel—de diccionario—de la rima, los tiesos alambres del retórico amillaramiento—ceñudo regulador del cendal lírico—, pero se ciñe cadenas inexorables de lógica disfrazada de música; porque el verso libre es el más encadenado de todos: sólo será expresivo cuando traduzca una profunda armonía de pensamiento y emotividad. Un equilibrio entre alma y espíritu que acierta a revelarse en un trozo de materia—palabras, mármol, sonidos o colores—, he aquí el arte. Toda cosa es poética con tal de que se crucen a punto en ella la corriente encendida en las entrañas y la voluntad de ordenación que viene del espíritu. En cualquier rincón del orbe podremos hallar la tecla bajo la cual está durmiendo una brisa. El mundo es una inagotable sinfonía de la cual todo auténtico poeta va despertando fragmentos de fisonomía aparte, de *tempo* diferente.

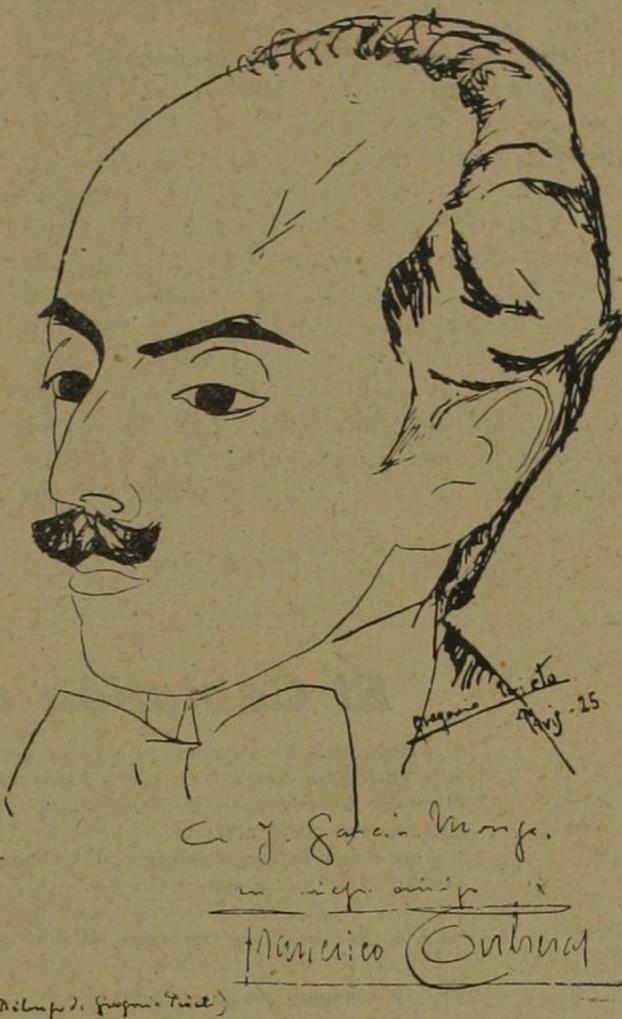
Así Jaime Torres Bodet, en *Destierro*. ¿Es este *Destierro* definitivo y en ruta hacia el país de las gracias retozonas, o temporal y con promesa de internarse en aquellos parajes severos a donde alguna vez fue llevada Proserpina? Desde luego, el mismo poeta—al fin del libro—nos anuncia su regreso al país si de más serenidad, también más transitado. ¿De más serenidad? Pero la excelencia del verso heraclitano radica en cierta matemática sutil, quizá más rigurosa que todos los cánones. Alguien ha dicho que el poema es algo así como el desarrollo

— (Pasa a la página 193)

Veinte años de labor en el *Mercure* de France

= Traducido del *Mercure de France* del 15 de enero de 1931 =

Hace hoy veinte años que comencé a redactar estas crónicas. Fué en diciembre de 1910 cuando Remy de Gourmont, a quien había enviado mi libro *Los Modernos*, me escribió para ofrecerme esta sección del *Mercure*. Yo le pedí algunos días para contestarle. Pero Rubén Darío que residía entonces en París, disipó mis vacilaciones con sus palabras de estímulo. La tarea era realmente difícil. Aunque esta sección existía desde 1903, había sido redactada de manera poco regular por Pedro Emilio Coll y luego por E. Díaz Romero. Sólo muy raros espíritus, como Remy de Gourmont, sabían algo de la literatura moderna de la América española; los pocos hispanizantes que entonces había no se ocupaban más que de las letras de ayer. Era menester, pues, no limitarse al simple comentario de los libros nuevos, sino tratar además de las diversas corrientes de las letras del continente, y presentar a los escritores. Comencé mi labor con una crónica consagrada al movimiento moderno, el modernismo, inspirado por el Parnaso y el simbolismo franceses, y al nuevo movimiento que se iniciaba ya, encaminado a sacudir todas las influencias extranjeras y a inspirarse en el alma y la tierra hispanoamericanas. Luego he presentado, al hablar de sus libros, a los autores más notables o más característicos de las diferentes repúblicas; a los poetas como Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Amado Nervo, Magallanes Moure, Francisco Icaza, J. Ramón Molina, Pezoa Véliz, E. Montagne, González Bastías, Enrique Banchs, Pedro Prado, Arturo Capdevilla, Núñez y Domínguez, Rafael A. Arrieta, Juana de Ibarbourou, Fernández Moreno, Ernesto Guzmán, Bustamante Vallivián, Regino Boti, Carrasquilla Mallarino, Lagos Lisboa, Martínez Estrada, Emilio Oribe, J. Torres Bodet, Alberto Hidalgo, P. L. Ipuche, etc; a los novelistas como Carlos Reyles, L. Orrego Luco, Tulio Cestero, Federico Gana, Angel Estrada, M. González Zeledón, A. Custodio Espejo, Alcides Arguedas, Leonardo Pena, Martín Aldao, García Monge, Labarca Hubertson, Montiel Ballesteros, Eduardo Barrios, Vicente Salaverri, H. Díaz Arrieta, Horacio Quiroga, J. Edwards Bello, Mariano Azuela, Alberto Lasplaces, Eustacio Rivera, Aguirre Morales, Januario Espinosa, Ostría Gutiérrez, etc; a los críticos como F. García Godoy, Roberto Guisti, Pedro y Max Henríquez Ureña, Pérez y Cúris, A. Donoso, Eduardo Collín, R. Saénz Hayes, Zum Felde, Luisa Luisi, Suárez Calimano, etc; a los escritores de ideas, de historia o de folklore, como J. Enrique Rodó, Manuel Ugarte, Pedro Emilio Coll, Carlos Baires, R. Brenes Mesén, Carlos de Velasco, Gonzalo Búlnes, J. de la Riva Agüero, Cornelio Hispano, H. Barbagelata, Vicuña Cifuentes, Carmen Lira, Ramón Laval, etc. Ciertamente, esas siluetas eran rápidas y parciales. Pero posteriormente he consagrado crónicas completas o casi completas a algunos de aquellos escritores, como Darío, Lugones, Rodó, Ugarte, Barrios, Arguedas, Donoso, M. Balleste-



Dib. (sup. Fiallo)

ros, y a varios otros, como E. González Martínez, Manuel Gálvez, Enrique Larreta, José Vasconcelos, Chacón y Calvo, Alfonso Reyes, Ricardo Güiraldes, Valle Arispe, etc. Era menester también tratar de diversos problemas que se plantean en las letras hispanoamericanas, como el de la lengua algo corrompida en algunas repúblicas y el de la integralidad territorial, lingüística y literaria amenazada por la agresión del imperialismo de los Estados Unidos. Siempre que he tenido ocasión me he ocupado, pues, de esos problemas, consagrándoles a veces crónicas completas. Pero era necesario todavía hablar de los acontecimientos de la vida literaria y de la libre acción de los escritores coartada a veces por gobiernos tiránicos. He aprovechado, pues, de los *mementos* para señalar las revistas nuevas, ciertas encuestas, el fallecimiento de algunos escritores, y, durante la guerra, en pleno reinado de la censura, protesté contra el encarcelamiento del poeta dominicano Fabio Fiallo, detenido por las tropas de ocupación de los Estados Unidos. (Este país era entonces aliado de la Francia).

Por otra parte, habiéndome alejado así del simple comentario, he creído necesario hacer crítica. He examinado, pues, los autores y sus obras, señalando sus cualidades y también sus defectos. Por cierto que me he dedicado sobre todo a la «crítica de las bellezas», no concediendo a la de los defectos más que algunas líneas, después de un «desgraciadamente», salvo excepcionalmente, cuando he debido ocuparme de obras en las cuales los errores sobrepasan en mucho los aciertos. Mi método es sin duda de

juicio y de clasificación, pero es sobre todo, de sentimiento estético y de simpatía. Creo yo, como Albert Thibaudet, que la simpatía está en la base del gusto, y que sin gusto no hay crítica que valga. Si he pecado, pues, ha sido mucho más por benevolencia que por rigor. Ciertamente, como la mayoría de los críticos, me he apoyado en ciertos principios, en algunas ideas que creo indispensables hoy a los escritores hispanoamericanos: la conveniencia de inspirarse en las sugerencias de la raza, de la tierra, del ambiente, a fin de crear una literatura autónoma, original, y la necesidad de respetar la lengua y la tradición para conservar la unión y la personalidad continentales. Pero estos principios no me han llevado nunca a desestimar la belleza intrínseca. Así, he elogiado la obra lírica de González Martínez o de R. Alberto Arrieta, bien que en general estos poetas no se hagan eco de las sugerencias de la raza y de la tierra, y he exaltado la labor de Lugones o Güiraldes, aunque estos escritores empleen una lengua voluntariamente poco pura y aún corrompida. La belleza: tal es para mí el valor primordial.

Esta labor no ha ido sin dificultades, sin inconvenientes y aún sin enojos. Había que tratar de la producción literaria de todo un continente en crónicas que aparecen de tiempo en tiempo y con espacio limitado. He tenido, pues, que hacer una selección estricta, relegando al *memento* o pasando en silencio libros que merecieron algunas líneas de comentario. He debido además tardar bastante para hablar de cada autor, y, como me ha parecido conveniente agruparlos por género, este retardo ha aumentado a veces. Luego no he podido ocuparme en la misma proporción de los autores de todas las repúblicas pues, en tanto que de la Argentina, el Uruguay, Chile recibo muchos libros, de México, Cuba, Centro América me llegan menos, y de Colombia, Perú, Venezuela, Ecuador, Santo Domingo y el Paraguay recibo muy poco. Ello se debe sin duda al grado de producción de estos países, pero también a la negligencia de algunos autores o editores y a las pérdidas que ocasiona el correo. Por lo demás, el temperamento en general poco reflexivo de los escritores hispanoamericanos me ha causado perjuicios y muchos desagrados. Alcides Arguedas ha referido en un artículo aparecido en *La Ilustración de la Paz* (10 abril, 1921) que cuando yo me hice cargo de esta sección, algunos colegas hispanoamericanos residentes en París «juraron no enviar sus libros al *Mercure* para que yo me hallase «aislado y sin acción». Luego muchos autores, habituados a la crítica toda elogios de sus países, se han sentido chocados de mi manera de señalar los defectos al mismo tiempo que las bellezas y no me han enviado sus libros siguientes o se han encerrado en un silencio hostil; otros se han molestado porque no hablaba de sus obras inmediatamente o no me ocupaba de algunos libros que no he recibido jamás, y un peruano me

ha injuriado en un panfleto porque me he permitido discutir sus juicios sobre Rubén Darío. De modo que esta tarea, que a crítico *hábil* podría haber dado gran popularidad en América, ha sido para mí causa de bastantes enojos y me ha valido enemigos encarnizados. Poco importa.

Yo no sé si esta labor ha tenido algún resultado. Pero es un hecho que los escritores hispanoamericanos, tan poco conocidos en Francia en 1911, son hoy considerados por muchos críticos, y diversas publicaciones se ocupan de su producción. Es un hecho también que el nuevo movimiento de las letras hispanoamericanas encaminado a inspirarse en el alma nacional y en la tierra está en pleno triunfo, y que algunos jóvenes a quienes he reprochado su actitud de, desarraigados se han adherido luego a ese movimiento. Por otra parte, yo he podido formar, con mis crónicas dos libros que no han pasado inadvertidos. Con algunos artículos publicados durante la guerra, formé un pequeño libro que apareció en 1917, con el título de *Les Ecrivains Hispano-américains et la Guerre européenne*, y que hizo conocer en Francia la opinión, muy favorable a los Aliados, de los intelectuales de la América española. Después formé un volumen con una selección de mis crónicas escritas entre 1911 y 1919: *Les Ecrivains contemporains de l'Amérique espagnole*. No era por cierto una obra bien compuesta, orgánica, y apareció con algunas negligencias pues, hallándome de viaje por la América del Sur, yo no pude corregir las pruebas. Algunos escritores hispanoamericanos me reprocharon de no haberme ocupado en él de ciertos autores, sin considerar que yo no podía hablar en el *Mercure*, sino de aquellos habían enviado sus libros, y lo más curioso es que los más exigentes fueron precisamente algunos de los colegas que en 1911 se habían comprometido a no remitirme sus obras. Pero la crítica francesa comentó ese libro muy favorablemente, y Henri de Regnier encontró en sus páginas «une très riche matière». Posteriormente, he formado un nuevo libro sobre la base de mis últimas crónicas, y digo sobre la base porque mis crónicas no me han servido, en general, más que como elementos para hacer una serie de retratos, que he hecho preceder de una introducción sobre el «desarrollo de las letras hispanoamericanas» desde su origen a nuestros días. Este libro acaba de aparecer en la colección de «Essais critiques» de la N. R. C. con el título de *L'Esprit de l'Amérique espagnole*. No obstante, todo esto es debido al *Mercure de France* que desde 1893 tiene esta sección de «Lettres hispano-américaines», sección que ninguna otra publicación francesa, no consagrada a tal materia, ha creado y mantenido, y en la cual he hecho una labor que otro crítico habría podido hacer también. *El Mercure de France* es el que merece la gratitud de la intelectualidad hispanoamericana y el homenaje de la *élite* francesa. Yo me complazco en expresar aquí a su director, M. Alfred Vallette, mis más vivos agradecimientos

por la conservación de esta sección y por la completa libertad que me ha dado para servirla desde 1911, no habiéndome hecho jamás la menor observación.

¡1911! ¡Cuántos bellos recuerdos! Era la época en que el *Mercure de France* reunía, en sus páginas y en sus ediciones, la colaboración de toda la *élite* literaria. Por las tardes, en el despacho de Van Bever, se encontraban en redor de Remy de Gourmont muchos de los colaboradores, y los martes, en el salón de Madame Rachilde, se reunían grandes escritores, como Henri de Régnier, Rosny Aîné, y a veces Francis Carco cantaba canciones. Era la época en que la *rive gauche* constituía el centro de las letras jóvenes y puras, opues-

tas a la literatura del boulevard. Los martes por la noche, toda la juventud y muchos escritores mayores se reunían en la Closerie des Lilas en torno de Paul Fort, y un día ofrecieron al Príncipe de los poetas ese banquete memorable en que un discurso de Jules Bois desencadenó la algazara de los jóvenes nunca satisfechos. Bello tiempo de entusiasmo y de arte puro y desinteresado. ¡Cuántas figuras de esa época han desaparecido: Remy de Gourmont, Guillaume Apollinaire, Van Bever, René Ghil, Jean de Gourmont! *El Mercure de France* mantiene, como siempre, su sección de «Lettres Hispano-américaines», y yo continúo mi humilde labor con la decisión del joven poeta ebrio de sueños que yo era en 1911.

Francisco Contreras

El Centurión de Cafarnaum

= Esta novela ha merecido el «Premio de las Revistas europeas para la mejor novela en lengua alemana en 1929». Estas cinco revistas son: *Europäische Revue*, *La Nouvelle Revue Française*, *Nuova Antologia*, *The Criterion* y *REVISTA DE OCCIDENTE*. Los tres miembros alemanes del Jurado, Tomas Mann (que acaba de recibir el premio Nobel), Ernst Robert Curtius y Max Clauss, se han declarado unánimemente por *El Centurión de Cafarnaum*, de Ernst Wiechert (de Königsberg, en Prusia), habiendo aceptado la decisión los demás miembros del Jurado, franceses, ingleses, italianos y españoles. —(N. de la *Revista de Occidente*, Madrid, de donde la tomamos).=

Y entrando Jesús en Cafarnaum,
vino a él un centurión, rogándole...
MATEO, 8, 5.

Una mañana de estío, pasada la gran guerra, cuando aún vencedores y vencidos se sentían levemente crispados ante el horror de sus hazañas, en lo cimero de un alcor alzado entre el Rhin y el Weser, se encontraron dos columnas de tropas, sobre las cuales flotaba el rojo polvillo del alba como una señal divina. La que avanzaba cara al sol traía prisioneros y heridos de la región sublevada de las minas y fábricas; la que pisaba su propia sombra, descendía con un fin más cruel al valle, en cuya luminosa explanada estallaba a ratos un trueno de cañón.

Cambiaron los capitanes un grave saludo; los soldados, un tiroteo de bromas a grito pelado. Únicamente, al pasar sobre el grupo de prisioneros, las miradas quedaban frías, mudas, como sobre la despreciable desnudez de una infamia, que abrumba con pesadumbre igual a todo un pueblo.

El más extraño de ellos parecía un minero que, sobre su traje desgarrado y polvoriento, alzaba un rostro sereno, altivo, que irradiaba como un reto al desprecio de todas las miradas. Era un rostro que no se había sustraído a la oscura mano, a la sorda mano de la esclavitud por toda la vida, ni a la destructora embriaguez de un fanatismo. Y, a pesar de todo, no se había borrado en él cierto gran designio que la naturaleza alimentó con esta cara: lo impetuoso, lo excelso de una gran fe, cuyo objeto se encuentra sobre los montes más altos o en las estrellas, detrás de espadas o de cruces, y que parece recibir su luz como un reflejo de otras frentes; frentes que no son de estos individuos o de aquellos pueblos, sino de toda la humanidad.

Mirada excelsa. Cuando se alzaba entre el polvo de las columnas, sobre los rostros apagados de sus camaradas, sobre el agotamiento de los ojos guardianes, y resbalaba, impávida, al tropezar con otros ojos, sin odio, sin man-

sedumbre, con la firmeza silenciosa de un ser imperturbable, pudo parecer a un contemplador imparcial como si pasase un rey encadenado por una ley humana impuesta a él por alguna insensata arrogancia.

A punto de separarse ambas columnas, uno de los oficiales, jinetes en dirección al enemigo, dió media vuelta a su caballo, alcanzó al galope la guardia de los prisioneros y preguntó, algo confuso por lo impertinente de su curiosidad, adónde se encaminaba a los rebeldes y la suerte que les estaba preparada. Cuando le dijeron el nombre de una aldea del valle y que a la noche serían probablemente fusilados casi todos los rebeldes, avanzó hasta el minero cuyos ojos le habían incitado a volver grupas; se inclinó hacia él y le preguntó en voz baja—con una bondad insólita y por eso mismo dominante—por qué iba a morir.

El interrogado, sin susto alguno, apenas con una leve rigidez en su rostro siempre alerta, contestó sin vacilar, que debía morir porque había matado.

—Y ¿por qué mataste?

—Para que mis hijos y mis nietos no tengan que matar, ni morir a manos de hombre.

Entonces el oficial calló un gran rato. Cabalgando siempre junto al prisionero, caído sobre el pecho la cabeza, como si realmente cabalgase tras el sentido de aquellas palabras:

—Y Cristo?—preguntó de repente.

El minero sonrió infantilmente, sin odio alguno; y dejando vagar sus miradas por el valle tendido a sus pies, dijo que Cristo, si entonces estuviese con ellos, sería el mayor asesino de hombres.

A esta contestación el oficial tiró tan bruscamente de las riendas, que el caballo se encabritó, y la retaguardia de la columna, atemorizada, se apresuró tanto, que se alzó una polvareda semejante a una nube, y el rostro del minero quedó desvanecido, borrado del paisaje como se apaga el relumbre de una gota de rocío.

El caballo, que se dió cuenta de la indeci-

sión de su jinete, le llevó de nuevo a la cumbre de la colina, desde donde el abstraído capitán vió como ondulaban lentamente, cuesta abajo, las dos serpientes grises. Como el prisionero, dejó resbalar sus ojos sobre los azulados valles, sobre el oro tranquilo de las mieses, por los prados aún sumidos en una tenue bruma, por el rojo recién bruñido y sediento de sol de los tejados. Oyó el afilar de las guadañas y las alegres voces de los niños, entremezcladas con el gorjeo ascendente de las alondras; y, de pronto, se quitó el casco de acero y plegó sus manos sobre la frialdad gris del metal. Ausente de sus propios pensamientos, sentía que su figura se erguía como algo extraño y funesto en la serenidad del alcor, algo revestido y armado como un insulto contra la silente germinación de la tierra fecunda y la muda vigilancia de Dios sobre su obra. Y, huraño, esquivando la carretera, cabalgó a la zaga de su tropa, volviendo de cuando en cuando los ojos, como un asesino que huye de una iglesia.

Pero en la columna de los prisioneros, ya cercana al lugar de su destino, volaba de grupo en grupo, seguida de sonrisas que oscilaban entre la confusión y la burla, una frase que un oficial, sin darse cuenta, había gritado a otro, y ahora rebrillaba sobre lo sucedido como explicación y alivio:

—El Centurión de Cafarnaum.

Su nombre era Cristóbal von Soden, pero desde el jefe de la división hasta el recluta más reciente, todos le llamaban el Centurión de Cafarnaum. Sucedió que en aquellos ya lejanos oficios de la capilla del cuartel, antes de la gran guerra, el sacerdote comenzó su plática, leyendo el Evangelio: «... Y entrando Jesús en Cafarnaum, vino a él un centurión rogándole... «Y al oír las palabras «ve, y como creíste te sea hecho», se había levantado el capitán, que estaba junto al altar, y avanzando dos pasos hacia el púlpito, quedó en medio de los bancos curvado un poco hacia adelante como si escuchara alguna cosa que desde lejos le dijese su emperador. Sus ojos, tras las gafas de oro, hincaron su dolorosa impaciencia en el turbado rostro del sacerdote, ya indiferente; sus manos demasiado pequeñas, se habían plegado inmóviles alrededor del pico del casco.

Así había permanecido hasta acabar el sermón, hecho blanco, sin saberlo, de cientos de miradas burlonas, sonrientes, atónitas, conmovidas; pero se trataba del oficial de superior categoría que había en el templo, y nadie se atrevió a susurrarle una advertencia, a sacarle de su ensimismamiento con un ademán furtivo. Ya estaban en el patio del cuartel cuando aún su rostro parecía iluminado lejanamente, aunque, al mismo tiempo, hosco y hermético, como una piedra solitaria.

En el casino, durante el almuerzo, todos, hasta el último ordenanza, se habían enterado del caso. Todos los diálogos eran premiosos, llenos de frases contenidas a media voz. Gota a gota habían ido cayendo en el azafate todas las palabras, en espera de que llegase el instante de rebosar, de que, precipitadamente, cayese la gota reveladora del secreto.

Como nada ocurría, fuera de que los ojos tranquilos del capitán seguían contemplando, con una fijeza incomprensible, al través de las volutas de humo de su habano, los movimientos de los ordenanzas, el ayudante, que conocía la situación, se inclinó sobre la mesa, como sin poner mucho cuidado, pero con interés, y preguntó al capitán qué le sucedía, si aún no había acabado la cosa.

Del Evangelio según S. Mateo

Capítulo 8. Versículos 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 13

Y entrando Jesús en Capernaum, vino a él un centurión, rogándole.

Y diciendo: Señor, mi mozo yace en casa paralizado, gravemente atormentado.

Y Jesús le dijo: Yo iré, y le sanaré.

Y respondió el centurión, y dijo: Señor, no soy digno que entres debajo de mi techado: mas solamente di la palabra, y mi mozo sanará.

Porque también yo soy hombre bajo de potestad, y tengo bajo de mí soldados: y digo a éste: Ve; y va; y al otro: Ven; y viene; y a mi siervo: Haz esto; y lo hace.

Y oyendo Jesús, se maravilló, y dijo a los que le seguían: De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado fe tanta.

Y entonces Jesús dijo al centurión: Ve, y como creíste te sea hecho. Y su mozo fue sano en el mismo momento.

(En la antigua versión de Cipriano de Valera.

Hablaba como un médico habla a un niño, extendiendo la mano como si intentase tomar el pulso al capitán. Pero éste sólo había percibido en aquel movimiento el interés, no el gesto de superioridad. Y contestó que se trataba de una vida entera, de una vida entera transcurrida sin conocer esta cita de la Biblia. A lo que el ayudante opuso bondadosamente que quizá se trataba de un olvido. Pero Soden fijaba entonces los ojos, al parecer llenos de angustia, en una de las puertas contiguas por la que justamente estaba entrando un ordenanza.

—¡Ven aquí!—le dijo quedamente.

El soldado, conmovido por la insólita tensión del momento, como todos los otros soldados, se acercó rápidamente a la mesa y se cuadró junto a la silla del capitán. También en sus ojos se advertía una suave angustia.

—¡Vete!—añadió el capitán, siempre en voz baja.

El soldado dió media vuelta y salió de la sala por donde había entrado. En todo el trayecto parecía haberse transfigurado, como si los ojos del capitán le empujasen con una suave pero irresistible fuerza, por un espacio donde el aire mismo se negaba a oponer resistencia.

Luego se había preguntado: ¿Y si lo habían visto? ¿Qué era él? Un hombre... obediente a las autoridades... ¿Lo comprenderían ahora? ¿Es que ha debido obedecer?, preguntaba un teniente que nada había comprendido.

Pero el capitán miraba hacia la puerta, al través de su cuerpo. Ni siquiera había oído la pregunta. «Como creíste, te sea hecho...», había dicho en voz baja, y su rostro se había transfigurado como por invisibles dolores. Nadie supo decir cosa alguna, y la música volvió a tocar a una señal del ayudante.

Al levantarse de la mesa el médico del regimiento, intentó, por precaución, entablar un diálogo con el capitán. Pero antes de comenzar su diagnóstico, le cortó los primeros hilos del discurso un penoso incidente. Uno de los tenientes más jóvenes, a quien desde hacía tiempo venía pareciéndole completamente estúpida aquella manía de las citas bíblicas—y en ello, alguna parte le cabía al vino consumido—, acertó con una broma, pronto acogida con aplauso general de sus camaradas jóvenes, así como del corto número de los alféreces.

Soden tenía una perra *setter* a quien quería y mimaba, y que atendía al raro nombre de *Siempreverde*. Este animal había encontrado, desde la cocina, el camino del comedor, y tan pronto como el teniente lo vió, en su cerebro omnubilado surgió la idea del juego del *lansquenete*, que después se hizo famoso en todo el regimiento. Claro es que en secreto, pero adoptando formas innumerables, según las situaciones.

—¡Ven aquí!—había dicho el teniente.

Y el animal obedeció, y se estuvo sentado moviendo la cola, mientras contemplaba con ojos vivaces la mano en alto.

—¡Vete!

Un puntapié a hurtadillas y el perro huyó algunos pasos.

Entre la risa general prosiguió el juego, con una estupidez automática, hasta que lo advirtió la mirada errante y vacía del capitán.

Quien se levantó con tal violencia, que su taza de café rodó por el suelo. Gritó que aquella acción sólo era digna de un canalla, y a todos pareció que iba a lanzarse sobre el culpable para infligirle el castigo correspondiente.

El suceso, que llegó a oídos del coronel, terminó bien. Pero en la memoria de todo el regimiento y de toda la ciudad, quedó hincado el recuerdo de este domingo como algo sorprendente, aunque cosa semejante ya no había ocurrido más y lo cotidiano volvió a correr sobre la aparición de aquel tipo singular como una ola por los surcos de la arena.

Este era el Centurión de Cafarnaum. A los cuarenta años, un versículo de la Biblia le había herido como una flecha, que había penetrado por entre las corazas de toda una vida entregada a una profesión endurecedora, de un sentimiento de casta que aísla y hermetiza. Y el astil de aquella flecha no cesaba de vibrar suavemente, como no cesaba la punta de hincarse en la herida, en un sitio que en la vida culta de Occidente tiene que pasar por insensible.

Por parte de padre y madre, era el capitán descendiente de antiguas familias militares. Sus antepasados eran coroneles retirados, inflexibles, prusianos, fieles al rey, cuyas madres tenían que conservar a duras penas las apariencias de una clase elevada, entre disimulados desvelos y miserias ocultas. De vida sencilla, agrías en el juzgar, altaneras aun en la misma tumba. Primero el rey y sólo detrás Dios, luego, venían los rojos entorchados de los generales; después, la masa altiva y compacta con derecho a hombreras y espadines, siempre anhelando los rojos entorchados, como el edén prometido.

Hasta donde el capitán podía recordar, sólo veía esto: el escalafón, el «banquete» del invierno, el baile del regimiento, la gran parada. Todas sus opiniones eran como el uniforme que gastaban: limpios, serios, con ocho botones. Los judíos eran impuros; los socialistas, una gentuza; los burgueses, una consecuencia poco afortunada del primer día de la creación. Tenía una hermana que jugaba al *tennis*, paseaba a caballo y que, no sin esfuerzo, logró casarse con un capitán, en una pequeña guarnición, donde, a su vez enseñó a su hija el *tennis*, la equitación y el casamiento. Tenía un hermano que le solía arrancar a hurtadillas, durante sus licencias de cadete, los botones del uniforme. Ahora, este hermano era asesor del Gobierno y prometido de la hija de un gobernador civil. Corría por ellos la misma sangre de sus antepasados, usaban los mismos apellidos, tenían

el mismo lunar sobre el hombro izquierdo. Pero cuando el capitán decía «Dios» y se imaginaba cierto ser de una santidad austera, su hermano se imaginaba la figura de un gobernador, y su hermana, la de un apuesto general.

Eran ajenos, extraños unos a otros, más que las gentes de diversa raza.

Pero la academia militar, el servicio, la casta, no pudieron quebrantar cierta bondad nativa del capitán. Era como si el peso de todos los linajes de su nombre gravitase abrumadoramente sobre la copa de su espíritu, hasta que algún día se rompiera o al menos cediera, o de pronto se inclinase de modo tal, que toda aquella riqueza secular de altanería, todo aquel sentido del deber y de la tradición, cayera ruidosamente al abismo y sólo quedase en pie una vasija vacía, ingrátida, presta a todo lo original, a todo lo nuevo e inaudito, de un modo, por decirlo así, místico.

Sin olvidar que en el hermetismo de su vida, en la cual, por mucho tiempo, un hombre valía menos que un libro, se desarrollaron tendencias y costumbres, que, medidas con las normas de una profesión rígida, habían de parecer extrañas, desconcertantes. Soliloquios en los que el «yo» se formó, lentamente, una segunda imagen que, al crepúsculo, se sentaba frente a él. Ensayos de adivinación, hechos, antes de decidirse, con botones, con ventanas, con pétalos. Imponerse el deber de contar mentalmente hasta doce, antes de dar una orden. Y cosas parecidas. Con todo, siempre las realizaba en secreto y casi por diversión; de manera que apenas pasaron todas ellas del umbral del subconsciente.

Sorprendía que sus asistentes, pasado algún tiempo, acostumbrasen a pedir el relevo; no porque los tratase con dureza, sino porque solía ocurrir que, al despertarse a media noche, veían al capitán ante el camastro, con una vela encendida en la mano, contemplándolos ensimismado, caviloso, el semblante.

—¿Qué clase de hombre eres tú?—solía preguntar—¿Sabes tú qué hombre eres?

Tres veces estuvo a punto de casarse y las tres rompieron el compromiso sus futuros suegros. «Por consideraciones sociales», decían. Preguntaba por lo que no podía ser preguntado.

Decía lo que no se debe decir. Lo mismo sucedía con su sonrisa, con sus dudas, con su hablar y su callar.

Era muy respetado por todas sus gentes, querido por algunos, por unos cuantos adorado. No sentía ambición alguna, ni envidia, ni celo profesional. Leía mucho, sobre todo libros de ética y de sociología; y era capaz de pasar largas horas los ojos sobre un teorema, sobre una tabla, mirando, por decirlo así, más allá de las palabras y de las cifras, con el asombro y el estupor de un niño ante el cual se abre y se cierra una caja silenciosamente, misteriosamente. No podría llamarse desgraciado, pero rebotaba una inquietud dulce, temblorosa, como la de un animalejo del bosque sorprendido a campo raso por la luz clara del amanecer, o como un árbol que tiembla con todas sus mil células al amago de la tormenta. Era como un explorador de la humanidad. La humanidad suele destacar avanzadas de estos hombres, antes del gran trueno que anuncia los grandes designios. Son poetas, mártires, adivinos. Así puede saber, por sus éxtasis, por sus gritos, por su muerte, si es ya tiempo de arrojar los dados sobre la tierra. El piso de lo cotidiano temblaba bajo sus pies inquiridores; y así pudo acontecer que él, hombre nada militar, aunque oficial de gran porvenir, sintiese la erupción de la gran guerra como algo que había de redimirle. El suelo cedía, se agrietaba, se derrumbaba estrepitosamente; entonces era cuando podría verse si en los abismos desnudos se descubría la faz de Dios o la del Diablo.

Pero nada de eso aconteció. Hubo muerte, destrucción, espanto, sufrimiento, mentira, santidad; pero se trataba simplemente de un aumento en cantidad de lo ya conocido; un hacinamiento, un apelonamiento, un espasmo, un hartazgo. Ninguna cuarta dimensión, sino fenómenos, leyes, necesidades de las dimensiones conocidas. Ni Dios ni Satán se revelaban; sólo se descubría el hombre, hasta que fué apareciendo toda su desnudez de milenios atrás; y de los incendios de la catástrofe comenzó lúgubrementemente a destacarse, entre los escombros, el dislocado esqueleto, incandescente, pero sin purificar por el fuego.

El capitán sintió frío y un comienzo de asco. Le repugnaba la guerra tanto como la paz,

el hambre tanto como la hartura; el miedo tanto como la esperanza. Permaneció en filas porque no sabía dónde quedarse. Si andaba erguido era tan sólo por no revelar la pesadumbre que en secreto le oprimía los hombros, la carga terrible de una palabra que transpaso su sueño como sus vigiliás:

«Como creiste te será hecho»

El día en cuya mañana había visto el capitán al prisionero terminó de un modo cruento, rebotante de odios, hecho añicos; sólo hacia la noche se llegó a alcanzar el objetivo de la operación, después de la cual descansó el batallón. Por el cielo intranquilo palidecían las estrellas, mientras cegaba la luz de los cohetes, cuando el capitán ensilló su caballo y galopó duramente hacia la aldea de cuyo nombre se había enterado por la mañana.

Jinete y cabalgadura se iban durmiendo con el sueño del agotamiento. Pasó bastante tiempo hasta que el capitán diese con la granja en cuyos sótanos se encerraba a los prisioneros. Se levantó el cuello del capote, y mientras se dirigía lentamente al corral, y contestaba el santo y seña al asustado centinela, intentó divisar en la oscuridad, grabar bien en su memoria, el terreno, las cosas, como si luego tuviese que dar noticia de ello, al regresar.

En el suelo empedrado ardía una vela, que lanzaba a la corriente de aire la sombra del soldado dormido en los peldaños. El capitán—aunque sus manos temblaban de fiebre—contempló algún tiempo el rostro juvenil que, por exceso de fatiga, parecía casi muerto. Luego, tocó el brazo del dormido y miró, sin aspereza, los ojos inquietos.

—Está bien—dijo—. Eran días pesados... Quisiera entrar por allí... Tengo que hablar con el... con el minero... ¿Me conoces?

—Mi capitán... El señor comandante estuvo por la mañana.

—Muy bien... ¿Están allá, abajo? ¿Qué harán con ellos?

—Por la mañana...—dijo el soldado de repente, en voz baja, mirando hacia donde sus dos sombras trepaban por el muro—. El señor teniente está en casa del general; fué a recoger la firma...

El capitán asintió, extrajo una linterna del bolsillo y la encendió en la vela.

—Una luz enciende otra—pensó rápidamente—. ¿Por qué no un hombre a otro hombre?

Sabía que el otro no dormiría, y no se sorprendió, cuando en uno de los sótanos próximos se alzó tranquilamente su rostro, de un haz de paja. Colocó la luz sobre un estante de fruta, situado a media altura de la pared, arrastró una caja de madera, se quitó el casco y se sentó algo curvado, plegadas las manos alrededor de las rodillas, contemplando al través de los cristales de sus gafas, muy atento pero discretamente, el mudo rostro del prisionero.

Éste le contemplaba con la cínica franqueza de un adversario, no sin curiosidad, pero ya con la leve superioridad de un condenado a muerte.

—Peores caras hay entre los asesinos—dijo, al fin.

El capitán se encogió un poco, pero en seguida, en vez de responder, sonrió.

—Me llaman el Centurión de Cafarnaüm—dijo después.

El prisionero le rogó que le explicara eso, y el capitán refirió los motivos de aquel apodo.

—No me corresponde dijo al terminar—. Debió de haber sido distinto, muy distinto...—agregó—. Y esta mañana pensé que tuvo que parecerse a ti.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

—Y ¿por eso...?

—Sí, por eso.

Callaron, el uno sumergido en la mirada del otro. Sabían que estaban debajo de la tierra y que uno de ellos se quedaría allí para siempre; oían la pesada respiración de los durmientes; sentían gotear por las paredes el tiempo. También sentían que aún se ocultaban uno del otro, pero que algo vendría después de las palabras, detrás de la sonrisa, detrás del silencio.

El prisionero, en cuyo espíritu ya estaban equilibrados los dos platillos, fué quien, como hombre que era de más espontaneidad, rompió primero el espacio inexplicablemente mudo entre ambos.

—Y ahora quisiera usted saber—dijo—cómo puede ocurrir que vaya uno a morir sin perder la alegría.

—¡Es la fe!—dijo quedamente el capitán.

—¡Sí, es la fe!

Se irguió, de pronto, y en su cara se despertaron súbitamente miles de rasgos vitales apagados.

—Usted no cree—prosiguió—; ninguno de vosotros cree. Obedecéis, pensáis, asentís a todo... Pero no creéis. ¿En qué ibais a creer? Sólo se puede vivir creyendo en el futuro; pero vosotros os arrodilláis ante el pasado, Dios, iglesia, patria, rey y lo demás... Sois como pedruscos en un bosque floreciente. «Somos los más viejos—decís—desde el principio.» Pero no sabéis que la raíz al crecer hace saltar las mismas piedras. Y las raíces están creciendo. ¿No lo sabíais? El bosque también crece. A costa de sangre, a mi pesar..., pero crece. Os cubrirá el musgo y el silencio, y el olvido. El hombre está de nuevo sobre la tierra, ¿comprendes? No el noble, no el señor, no el propietario... El hombre, el hombre solo. Lo ha desenterrado la guerra, y ya comenzó a andar. Aún tropieza, aún balbucea. Pero sigue andando. Sobre las piedras, sobre los palacios, sobre los templos... Y sigue, y sigue...

Resplandeció su cara en la del capitán, como una llama, hasta que—lentamente—se fué enfriando, se apagó. Se estiró en el camastro, plegó las manos bajo la nuca, y cerró los ojos.

—¿Y Cristo?—preguntó el capitán, transcurrido algún rato, y en voz baja—. ¿Por qué dijiste eso de Cristo?

—Los arrojó del templo—contestó el prisionero—. Quería que se llenaran los nuevos cántaros y que se rompiesen los viejos. Era la raíz que hace saltar la piedra, ¿o creéis que se dejaría sacrificar nuevamente?

Asintió el capitán. Ahora su faz aparecía clara, jubilosa.

—¿Quién de nosotros dos merece vivir?—preguntó, sonriendo.

—La fe—contestó el prisionero sin vacilar—. Ni el capitán ni el minero. Sólo aquel vaso que rebose fe.

El capitán llegó hasta el pie de la escalera, se detuvo allí un rato escuchando y, al volver, se desabrochó el uniforme.

—Debes darte prisa—dijo—. El caballo está a la izquierda, al salir del portal... Las riendas están sin atar, sólo rodeadas al poste... Monta. Llega hasta la colina de esta mañana, después tuerces hacia el norte... ¿Conoces la estrella polar? La consigna es *Helgoland*. No lo olvides.

El prisionero obedeció sin vacilar; su rostro se transfiguraba. Había empalidecido, como si temiera más la vida que la muerte. Y mientras cambiaba de traje, prenda a prenda, con el capitán—en lo que cada movimiento de los suyos parecía meditado y sin prisa—, no se apartaban sus ojos del rostro risueño de su

Un libro de poemas...

(Viene de la página 188)

de una exclamación. Una exclamación hecha problema... No conozco dificultad artística mayor, y desde luego no puede resolverla totalmente ningún antiguo formulario.

«¡Zenón, cruel Zenón, Zenón de Elea!» —exclamaba el mismo Paul Valéry— ...¿Por qué dejarse hincar en la frente esa burlona flecha alada que vibra, vuela y no acaba de vibrar ni de volar?

Benjamin Jarnés

salvador, se hundían en la grave superficie de aquella faz como una táctil interrogación, cada vez más perforante. Por fin, el capitán le entregó las gafas y el casco; le subió el cuello del capote, cuidadosamente, y le condujo hasta la escalera.

Allí la luz resbalaba apenas, con un tenue brillo, sobre las piedras mojadas; reposaba como un símbolo luminoso en los peldaños que conducían a la vida.

¡Vete!—susurro el capitán—. Y... como creíste te sea hecho... También sobre mí ha caído un resplandor... A ti te lo debo.

El prisionero se apoyó en la pared. Parecía como si le costase trabajo sostenerse en pie.

—¿Por qué hace usted esto?—preguntó.

—Para que los nuevos cántaros puedan sacar agua—contestó el capitán—. Sólo merece vivir la fe. El vaso que la contiene. No lo olvides.

Se estrecharon las manos, y quedó solo el capitán. Aquello era la puerta... Luego, el pasillo. Los tacones del centinela se hincaron juntos en el suelo... Dos pies humanos, pero el destino estaba pendiente de ellos... Silencio, un silencio que descendía sobre la cueva, sobre la casa, sobre la tierra...

Y los cascos del caballo, lentos y causados... Hierro que choca con la piedra... La carretera... La libertad, la salvación.

El capitán volvió al camastro de paja. Apagó la luz, y allí permaneció, cruzadas las manos sobre el pecho. No iba a ser fácil... El consejo de guerra... Probablemente, los médicos le darían por loco... La deshonra... El escarnio... La expulsión... El padre y los hermanos...

Pero aquello acabaría alguna vez, y entonces, sería minero, labriego... Y a olvidar, a comenzar de nuevo, a los pies de Cristo. Sí. Eso era posible... Cristóbal de Soden... Sí. Cristóbal había llevado la carga, la carga de Dios, por el río del tiempo pretérito...

Oía un, estrepitoso rodar de camiones, voces de mando, batir de puertas, pasos precipitados... Resonó un clarín insólito, apremiante, en medio de la noche...

Alarma...

—Es el relevo—pensó—. Pero él cabalga, ya lejos, con la frente hundida en las estrellas... Y canta... Seguramente camina cantando algo salvaje, algo viril, magnífico: la canción del bosque y del hombre... Como creímos, nos sea hecho... Amén.

Se había quedado dormido, cuando lo sacaron a rastras de la yacija. Cascos de hierro, cañones de fusil, caras rígidas. Sus ojos, sin gafas, percibían apenas un rasplandor movedizo y denso de presagios. No tardó en despertarse por completo. Sintió un poco de frío.

—Quisiera que me condujeran al oficial—

dijo en voz baja—. Soy el capitán de Soden.

—Uno se ha vuelto aquí loco—contestó una voz ronca—. Cuidado con él, no sea de los furiosos.

Le empujaron, escalones arriba, hasta el corral. El alba teñía de blanco los tejados; por encima de los campos, una alondra invisible subía hacia las estrellas macilentas. Tronaban los cañones. Restallaba en los tejados, como fustas, el fuego estrepitoso de las ametralladoras.

El capitán vió al oficial. Un rostro juvenil que a duras penas se mantenía severo. Su mano diestra, enguantada, señalaba el muro de una cuadra.

—Soy el capitán de Soden—dijo el capitán—. Quisiera dar cuenta de que he libertado esta noche a un prisionero.

El teniente le miró sin comprender. Se detuvo la marcha, ya que el capitán se negaba a seguir andando. Una gran detonación se desplomó, como una bóveda, sobre el corral.

—¡Adelante!—gritó el teniente—. ¿A qué aguardáis?

Un culatazo acertó al capitán. Miró hacia atrás, ahora ya con ojos turbios, y vió la muerte. Comprendió. Sus labios iban quedándose exangües; sentía deseos de gritar. Pero un nuevo culatazo le hirió en el costado. No tenía tiempo para defenderse, porque la conciencia de su situación derrumbábase sobre él como una pared en ruinas. Ya debía de ver, al través del polvo, el motivo, el propósito, la evidencia. Lo que sucedió era comprensible; una cosa de error, de prisa, de apariencias. Pero, ¿por qué sucedió? ¿Cuál era la mano que lo permitía? Eso es lo que había que comprender. El hombre podía equivocarse, pero Dios no debía equivocarse, no debía jugar.

De repente se transfiguró su rostro. Sin transición, quedó tranquilo, diáfano, lleno de paz. No solamente comprendía lo de hoy, sino también lo de ayer. No lo había querido, pero Dios lo había querido. Había querido jugar un juego atrevido e ingenioso. Con la derecha había desparramado el tesoro, pero en la izquierda había tenido la llave del cofre. Y ahora Dios abría la izquierda y arrojaba la llave para que se desparramase con el resto.

Era justo. Una justicia dura, formidable. Él sólo había querido empezar, pero Dios quiso terminarlo. No le creerían, no tenía nada, ninguna prueba. Y ellos no tenían tiempo, ni propensión a creer en milagros. Con lo grave, con lo malo y penoso, querían acabar cuanto antes. Y él mismo ya no quería que creyesen.

—¡La voluntad divina!—pensaba—. Es voluntad divina que los cántaros viejos se rompan... Lo advertirán, investigarán, tratarán de ocultarlo, pero la débil luz de mi muerte no se dejará extinguir... Arderá... Arderá la fe... Un hombre encenderá otro hombre... Y él cabalga..., cabalga todavía...

Se arrancó la venda de los ojos, y vió cómo la luz blanca del amanecer se teñía de rojo. Leyó el pasaje bíblico por donde había comenzado: unas negras, unas solemnes letras sobre una superficie blanca. Y el extraño nombre de la ciudad de Galilea donde había sucedido aquello tan prodigioso, tan bello, que conservaba su vigor al través de dos mil años.

Después cayó de bruces, sobre su frente clara, sostenido por los cadáveres de los otros. Sus manos yacían sobre la hierba, tranquilas, solemnes, como abiertas sobre el paño de un púlpito.

Ernst Wiechert

Un Manifiesto**Agrupación al servicio de la República**

=De El Sol. Madrid=

Cuando la historia de un pueblo fluye dentro de su normalidad cotidiana, parece lícito que cada cual viva atento sólo a su oficio y entregado a su vocación. Pero cuando llegan tiempos de crisis profunda, en que rota o caduca toda normalidad van a decidirse los nuevos destinos nacionales, es obligatorio para todos salir de su profesión y ponerse sin reservas al servicio de la necesidad pública. Es tan notorio, tan evidente, hallarse hoy España en una situación extrema de esta índole, que estorbaría encarecerlo con procedimientos de inoportuna grandilocuencia. En los meses, casi diríamos en las semanas que sobrevienen, tienen los españoles que tomar sobre sí, quieran o no, la responsabilidad de una de esas grandes decisiones colectivas en que los pueblos crean irrevocablemente su propio futuro. Esta convicción nos impulsa a dirigirnos hoy a nuestros conciudadanos, especialmente a los que se dedican a profesiones afines con las nuestras. No hemos sido nunca hombres políticos; pero nos hemos presentado en las filas de la contienda pública siempre que el tamaño del peligro lo hacía inexcusable. Ahora son superlativas la urgencia y la gravedad de la circunstancia. Esto, y no pretensión alguna de entender mejor que cualesquiera otros españoles los asuntos nacionales, nos mueve a iniciar con máxima actividad una amplia campaña política. Debieron ser personas mejor dotadas que nosotros para empresas de esta índole quienes iniciasen y dirigiesen la labor. Pero hemos esperado en vano su llamamiento, y como el caso no permite ni demora ni evasiva, nos vemos forzados a hacerlo nosotros, muy a sabiendas de nuestras limitaciones.

El Estado español tradicional llega ahora al grado postrero de su descomposición. No procede ésta de que encontrarse frente a sí la hostilidad de fuerzas poderosas, sino que sucumbe corrompido por sus propios vicios sustantivos. La Monarquía de Sagunto no ha sabido

convertirse en una institución nacionalizada, es decir, en un sistema de Poder público que se supeditase a las exigencias profundas de la nación y viviese solidarizado con ellas, sino que ha sido una asociación de grupos particulares que vivió parasitariamente sobre el organismo español, usando del Poder público para la defensa de los intereses parciales que representaba. Nunca se ha sacrificado aceptando con generosidad las necesidades vitales de nuestro pueblo, sino que, por el contrario, ha impedido siempre su marcha natural por las rutas históricas, fomentando sus defectos inveterados y desalentando toda buena inspiración. De aquí que día por día se haya ido quedando sola la Monarquía y concluyese por mostrar a la intemperie su verdadero carácter; que no es el de un Estado nacional, sino el de un Poder público convertido fraudulentamente en parcialidad y en facción.

Nosotros creemos que este viejo Estado tiene que ser sustituido por otro auténticamente nacional. Esta palabra «nacional» no es vana: antes bien, designa una manera de entender la vida pública que lo acontecido en el mundo durante los últimos años de nuevo corrobora. Ensayos como el fascismo y el bolchevismo marcan la vía por donde los pueblos van a parar en callejones sin salida: por eso, apenas nacidos padecen ya la falta de claras perspectivas. Se quiso en ambos olvidar que, hoy más que nunca, un pueblo es una gigantesca empresa histórica, la cual sólo puede llevarse a cabo o sostenerse mediante la entusiasta y libre colaboración de todos los ciudadanos unidos bajo una disciplina más de espontáneo fervor que de rigor impuesto. La tarea enorme e inaplazable de remozamiento técnico, económico, social e intelectual que España tiene ante sí no se puede acometer si no se logra que cada español dé su máximo rendimiento vital. Pero esto no es posible si no se instaure un Estado que por la amplitud de su base jurídica y adminis-

trativa permita a todos los ciudadanos solidarizarse con él y participar en su alta gestión. Por eso creemos que la Monarquía de Sagunto ha de ser sustituida por una República que despierte en todos los españoles a un tiempo dinamismo y disciplina, llamándolos a la soberana empresa de resucitar la historia de España, renovando la vida peninsular en todas sus dimensiones, atrayendo todas las capacidades, imponiendo un orden de limpia y enérgica ley, dando a la justicia plena transparencia, exigiendo mucho de cada ciudadano: trabajo, destreza, eficacia, formalidad y la resolución de levantar nuestro país hasta la plena altitud de los tiempos.

Pero es ilusorio imaginar que la Monarquía va a ceder galantemente el paso a un sistema de Poder público tan opuesto a sus malos usos, a sus privilegios y egoísmos. Sólo se rendirá ante una formidable presión de la opinión pública. Es, pues, urgentísimo organizar esa presión haciendo que sobre el capricho monárquico pese con suma energía la voluntad republicana de nuestro pueblo. Esta es la labor ingente que el momento reclama. Nosotros nos ponemos a su servicio. No se trata de formar un partido político. No es razón de partir, sino de unificar. Nos proponemos suscitar una amplísima Agrupación al Servicio de la República, cuyos esfuerzos tenderán a lo siguiente:

1.º—Movilizar a todos los españoles de oficio intelectual para que formen un copioso contingente de propagandistas y defensores de la República española. Llamaremos a todo el profesorado y magisterio, a los escritores y artistas, a los médicos, a los ingenieros, arquitectos y técnicos de toda clase, a los abogados, notarios y demás hombre de ley. Muy especialmente necesitamos la colaboración de la juventud. Tratándose de decidir el futuro de España, es imprescindible la presencia activa y sincera de una generación en cuya sangre fermenta la sustancia del porvenir. De corazón ampliaríamos a los sacerdotes y religiosos este llamamiento, que a fuer de nacional preferiría no excluir a nadie, pero nos cohibe la presunción de que nuestras personas carecen de influjo suficiente sobre esas respetables fuerzas sociales.

Como la Agrupación al Servicio de la República no va a modelarse en partido, sino a hacer una leva general de fuerzas que combatan a la Monarquía, no es inconveniente para alistarse en ella hallarse adscrito a los partidos o grupos que afirman la República, con los cuales procuraremos mantener contacto permanente.

2.º—Con este organismo de avanzada, bien disciplinado y extendido sobre toda España, actuaremos apasionadamente sobre el resto del cuerpo nacional, exaltando la gran promesa histórica que es la República española y preparándolo su triunfo en unas elecciones constituyentes, ejecutadas con las máximas garantías de pulcritud civil.

3.º—Pero al mismo tiempo nuestra Agrupación irá organizando, desde la capital hasta la aldea y el caserío, la

QUIEN HABLA DE LA**Cervecería TRAUBE**

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

FABRICA:		
CERVEZAS	REFRESCOS	SIROPES
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.	KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.	GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

nueva vida pública de España en todo sus haces, a fin de lograr la sólida instauración y el ejemplar funcionamiento del nuevo Estado republicano.

Importa mucho que España cuente pronto con un estado eficazmente constituido, que sea como una buena máquina en punto, porque bajo las inquietudes políticas de estos años late algo todavía más hondo y decisivo: el despertar de nuestro pueblo a una existencia más enérgica, su renaciente afán de hacerse respetar e intervenir en la historia del mundo. Se oye con frecuencia más allá de nuestras fronteras proclamar, como el nuevo hecho de grandes proporciones que apunta en el horizonte y modificará el porvenir, el germinante resurgir ibérico a ambos lados del Atlántico. Nos alienta tan magnífico agüero; pero su realización supone que las almas españolas queden liberadas de la domesticidad y el envilecimiento en que las ha mantenido la Monarquía, incapaz de altas empresas y de construir un orden que a la vez impere y dignifique. La República será el símbolo de que los españoles se han resuelto por fin a tomar briosamente en sus manos propias su propio e intrasferible destino.—Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset, Ramón Pérez de Ayala.

Declaraciones de los firmantes del Manifiesto

Don José Ortega y Gasset.—Barcelona (12 h.).—El semanario *La Rambla de Cataluña* publica el manifiesto de Ortega y Gasset, Marañón y Pérez de Ayala, y además una entrevista de un enviado especial con los tres citados señores.

Don José Ortega y Gasset le ha dicho:

«La forma en que ha sido recibido nuestro llamamiento supera todas mis esperanzas. Al decir esto me refiero tanto al volumen de la adhesión como al grado de madurez que en la opinión pública revela interesarse por un escrito político del que quedaron eliminados todos los tópicos melodramáticos. Creo que se ha entendido perfectamente nuestra intención y que hemos visto expresada en nuestras palabras una profesión que se disciplina ella misma y evita su desgaste con inútiles gestos emotivos. Es cuestión de marear al adversario a fuerza de serenidad y de energías constructoras. La táctica ha de consistir, naturalmente, en ir organizando el nuevo Estado, y esto no se hace con fanatismos verbales, sino uniendo unas con otras las fuerzas sociales sobre las cuales ha de sostenerse el nuevo Estado.

Desde la pasada primavera, y muy especialmente desde el viaje a Barcelona de los intelectuales castellanos, trabajo en este sentido. En mi artículo *Un proyecto* proponía la reunión de una Junta magna que recogiera la representación de todos los que en España aspiran a un Estado nuevo. Este Parlamento espontáneo y claro es ajeno y hostil a todo lo oficial y seudovigilante y sería el órgano adecuado para dirigir, con máximo ardor y mínima violencia, el cambio de régimen, la preformación del nuevo Estado, y evitaría las dificultades de lo que Mirabeau llamaba la simultaneidad del tránsito.

Ahora bien: dentro de este movimiento general hacia otro Estado, yo defiendo, como única solución de suficiente profundidad his-

INDICE

Legenda aut adquirenda



<i>El cantar de Roldán</i>	3-50
E. O. Kiesel: <i>La corriente del Golfo</i>	3-75
Paul Bourget: <i>El demonio del mediodía</i> . 2 vols.	7-00
Enrique Larreta: <i>La gloria de Don Ramiro</i>	3-75
Estanislao del Campo: <i>Fausto</i>	4-00
Roberto Gache: <i>Baile y Filosofía</i>	4-00
F. González Guerrero: <i>Ad altare Del</i>	3-00
Juana de Ibarbourou: <i>Poesías escogidas</i> .	5-00
Domingo F. Sarmiento: <i>Política de Rosas</i>	4-00
Raimundo Lulio: <i>Blanquerna</i> . Novela. 2 vols.	14-00
David Katz: <i>El mundo de las sensaciones</i> <i>táctiles</i>	8-00
Armando Zegri: <i>El último decadente</i> . No- vela.....	3-00

Libros para niños:

<i>El Conde Lucanor</i> . 1 vol. pasta.....	3-00
R. María Tenreiro: <i>Nuevas Florecillas de</i> <i>San Francisco</i> . 1 vol. pasta.....	3-00
W. Hauff: <i>El Califá Cigüena</i>	3-00

Rabindranath Tagore: <i>El sentido de la</i> <i>vida</i> . (Sadhana).....	4-00
José Asunción Silva: <i>Poesías</i> . Edición definitiva.....	4-00
Alberto Gerchunoff: <i>El hombre que habló</i> <i>en La Sorbona</i>	5-00
Alberto Gerchunoff: <i>La asamblea de la</i> <i>bohordilla</i>	5-00
Antonio Ballesteros: <i>Las Escuelas nuevas</i> <i>francesas y belgas</i>	1-50
E. M. Brandés: <i>Jesús es un mito</i>	2-50
Juan Bta. Alberdi: <i>Estudios sobre la Cons-</i> <i>titución Argentina en 1853</i>	4-00
Carlos H. Pareja: <i>Las obligaciones en De-</i> <i>recho Civil colombiano</i>	3-00
Emilio García Gómez: <i>Poemas arábigo-</i> <i>andaluces</i>	4-50
Domingo F. Sarmiento: <i>Los caudillos</i>	4-00
José Santos Chocano: <i>Ayacucho y los</i> <i>Andes</i> . Canto IV de «El Hombre-Sol»...	8-00
De Senancour: <i>Obermann</i> . (3 vols.).....	3-00
Alberto Samain: <i>Cuentos</i>	4-00
E. Ziamatin: <i>De como se curó el doncel</i> <i>Erasm</i> <i>o</i>	2-25
Luis López de Mesa: <i>Iola</i>	4-00
Antonio Machado: <i>Poesías completas</i> , 1 vol. pasta.....	5-00
Mariano Ibérico Rodríguez: <i>El nuevo ab-</i> <i>soluto</i>	3-00
Roberto F. Giusti: <i>Enrique Federico Amiel</i>	8-00
J. Cadalso: <i>Cartas marruecas</i> . 1 vol. pasta.	2-50
Roberto Gache: <i>Baile y filosofía</i>	4-00
Carlos Wyld Ospina: <i>El autócrata</i> . En- sayo político social.....	4-00
Franz Tamayo: <i>Nuevos Rubáyat</i>	3-00
B. Gracián: <i>Tratados</i> . 1 vl. pasta.....	3-00
E. Schwartz: <i>Figuras del mundo antiguo</i> .	3-50
A. Rosenberg: <i>Historia de la República</i> <i>Romana</i>	4-00
Th. Wilder: <i>El puente de San Luis Rey</i> . Nov.	3-75
Tlejandra Kolontai: <i>La bolchevique en-</i> <i>amorada</i>	8-75
Enrique Larreta: <i>La gloria de Don Ramiro</i>	4-00
<i>Cartas de Bolívar</i> . 2 tomos.....	17-00
Const Fedin: <i>Los hermanos</i> . Novela.....	8-00
Luiz Astrana Marin: <i>El cortejo de Minerva</i>	3-75

Dirigirse al Adr. del Rep. Am.

tórica, la instauración de la República, y por esto, con Marañón y Pérez de Ayala, dirijo este llamamiento a los españoles de oficio intelectual y, a través de ellos, a todos los que quieran formar una gigantesca falange republicana.

Creo que existe no ya una, sino dos generaciones inéditas en política: la nuestra y la que hoy tiene treinta años. No se olvide que desde 1914, fecha en que la guerra del mundo suspendió la vida pública en todas partes, no ha vuelto a haber vida política normal en España. Esta es la razón por la que no existen grupos políticos ya formados. No se les ha dado ocasión ni posibilidades de formarse tranquilamente. Esta es una de las más grandes estulticias del régimen monárquico.

En mi conferencia *Vieja y nueva política*, dada en 1914, ya vaticinaba yo que pronto el Estado español se encontraría sin fuerzas políticas para funcionar.

Permítame que no hable del papel de Cataluña en la hora actual, ni de sus hombres. Es bien sabido que desde hace muchos, muchos años, combato desde el centro de la Península pro Cataluña. No es posible, pues, ninguna tergiversación de mi silencio de ahora. Si

callo es sencillamente porque para hablar de Cataluña tendría que hablar a fondo, y esto no es posible en una entrevista. En rigor, lo que más urge decir hoy a Cataluña solamente podría decirlo un catalán, que busco en vano desde hace mucho tiempo. Sólo quiero desglosar de este magnífico y amplio tema, Cataluña, un punto para decir que los republicanos han de reflexionar mucho antes de resolverse a tomar parte en las innobles elecciones que se anuncian. Esta participación puede convertirse en un error histórico de primer orden.

Siempre he estado dispuesto a actuar en política. ¿Por qué no lo he hecho? La contestación es taxativa, y consiste en preguntar por mi parte: ¿Qué han hecho, lo que se llama hacer, crear, construir, los que han actuado en los últimos veinte años? Los hechos lo proclaman: nada. Pues bien: yo he esperado para actuar en política a que me fuera posible hacer alguna cosa».

Don Gregorio Marañón.—Don Gregorio

Marañón, por su parte, dice, al preguntarle qué relación tiene el manifiesto con el proyecto que Ortega y Gasset publicó en *El Sol*.

—Este documento no invalida la idea de la reunión expuesta por Ortega y Gasset; antes bien: al calor de esta Asociación se formará, quizá como en propio ambiente, la Asamblea que pedía Ortega y Gasset.

—¿Hasta qué punto cree usted en la eficacia de su acto?

—Quisiéramos que tuviera mucha. No sabemos si la tendrá; esperamos que sí. De todas maneras, nosotros sabremos cumplir con nuestro deber en estas horas trascendentales.

—¿Qué papel reservan ustedes a Cataluña?

—Tal como nosotros vemos al Estado español futuro el problema catalán no existiría. Este problema lo ha creado una diferencia emocional, no una realidad política. Esta diferencia, por nuestra parte, no existe, y me refiero a todas las generaciones postdictadura no contaminadas por el virus predictatorial y dictatorial; pero sobre esto no tengo bastante autoridad ni ahora puedo hablar.

Don Ramón Pérez de Ayala.—Ramón

Pérez de Ayala ha dicho:

«Me imagino que las figuras más prominentes de la vida espiritual española y los hombres más capacitados de la España actual formarán parte de esta Agrupación al servicio de la República, que nosotros sólo hemos iniciado y promovido. No estoy autorizado para anticipar los nombres. Ellos mismos lo harán saber en la ocasión solemne y propicia. De momento hay ya diversas personalidades eminentes.»

Sobre Cataluña ha dicho: «Es un asunto para tratarlo muy extensamente o bien con una sola palabra: libertad.»—(FEBUS).

Manifestaciones de "Azorín".—Bar-

celona 10 (12 n.).—Mañana se pondrá a la venta el primer número del semanario gráfico de izquierdas titulado *La Calle*. Entre otros originales, este primer número publicará una entrevista que ha celebrado con «Azorín» el director del nuevo semanario, Juan Guixé. Damos a continuación una parte de dicha entrevista:

«—¿Cómo ve usted el porvenir de España?—pregunta el periodista.

—No tienen estos momentos otra solución que la caída de la monarquía—responde «Azorín».—Con un cambio de régimen, España

volverá a recobrar su sentido histórico, su verdadera tradición, interrumpida por el advenimiento de los Austrias y los Borbones al Trono. Soy republicano—agrega—, francamente republicano, republicano federal. La fórmula federal predicada por el maestro Pi y Margall dará a España la armonía que necesita. Esta devoción por el autor de *Las nacionalidades* es antigua en mí. Data desde la mocedad. En mis escritos se encuentra frecuentemente trazas de ella. ¿Qué semejanza hay por ejemplo, entre un gallego y un andaluz, un catalán y un castellano, un valenciano y un vasco? Las regiones tienen lazos de unión indudables, formados por la Historia, la convivencia, los intereses comunes y las afinidades políticas; pero se diferencian en muchas cosas. Cada una de ellas debe gobernarse automáticamente por medio de una República federal, que daría a España una vitalidad conforme a su naturaleza.

—¿Qué Constitución cree usted mejor para España? ¿Cómo entiende usted eso que llaman la vuelta a la normalidad constitucional?

—Esto—responde «Azorín»—se puede contestar con lo de antes: hace falta salir del callejón sin salida; haga lo que haga, la Monarquía no podrá subsistir. Para que España retorne a la normalidad es necesario el cambio de régimen.

—¿Cuál es el problema de más urgencia planteado actualmente en España?

—El cambio de régimen, ya lo he dicho antes.

—¿Qué piensa usted del advenimiento de los intelectuales y las nuevas generaciones en la política, especialmente la juventud universitaria, y de los hombres de ciencia y los militares?

—Creo que la nota más destacada, la más conveniente, es la colaboración entre intelectuales y obreros. Es decir, entre trabajadores sencillamente. Unos lo son de la inteligencia; los otros, manuales. Tan trabajador es un al-

bañil como un médico. Los intelectuales tienden a distanciarse del obrero. Es un error. Estamos más cerca de él que de otras clases. Debemos unirnos a él. No deben estar ausentes de la acción política los intelectuales. Del mismo modo que hay que contar con los jóvenes».

Nos llegan:

Maquiavelo: <i>El Príncipe</i>	¢ 0-50
Hendrik van Loon: <i>Historia de la Humanidad</i> . Un vol. pasta.....	20-00
Homero: <i>Obras Completas</i> . Un vol. pasta, lujoso.....	40-00
Isadora Duncan: <i>Mi vida</i>	4-25
<i>Veinte cuentistas de la nueva Rusia</i>	4.25
H. Barbusse: <i>El fuego</i>	3-00

Acabamos de recibir:

Sören Kierkegaard; <i>El concepto de la angustia</i>	5-00
S. F. Seguí: <i>Taquigrafía Seguí</i>	3-00
Brand y Deutschbein: <i>Introducción a la Filosofía Matemática</i>	4-25
Pestalozzi: <i>Antología</i> . Selección de L. Luzuriaga.....	1-50
Lucy Wilson: <i>Las escuelas nuevas rusas</i>	1-50
Darwin, C.: <i>Diario del viaje de un naturalista al rededor del mundo</i> 2 vols.	6-00
Byron: <i>Childe Harold</i>	3-50
Ramón Gomez de la Serna: <i>Azorín</i> 1 vol. pasta.....	6-00
Byron: <i>Tragedias</i>	3-50
Azorín: <i>Pueblo</i> . Novela de los que trabajan y sufren.....	3-50
Carlyle: <i>Pasado y Presente</i>	5-00
Carlyle: <i>Folletos de última hora</i>	5-50

(Pídalos al Adr. del Rep. Am.)

1931

Revista de Avance

Editores:

Francisco Ichaso, Félix Lizaso,
Jorge Mañac y Juan Marinello.

Economía:

Número corriente.....	20 cts.
Número atrasado.....	40 cts.
Trimestre.....	60 cts.
Semestre.....	\$ 1.00
Un año.....	1.50
Apartado 2228.....	La Habana. Cuba.

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana de Cultura
DIRECTOR:

B. Ortiz de Montellano

Aparece mensualmente

En el extranjero: un número... Dlls. 0.25
Suscripción a 6 Nos. 1.50

Apartado Postal 1811.

MEXICO, D. F.

Revista Chilena

Diplomacia, Política, Historia, Artes, Letras

Director: FÉLIX NIETO DEL RÍO

Suscripción anual para el Ext. \$ 40

Dirección y Administración: Correo, 8.
Santiago (Chile).

CULTURA VENEZOLANA

Director: José A. Tagliaferro

Apartado de Correos 293

Caracas.

Cultura Venezolana se publica el día 15 de cada mes en números de 90 a 128 páginas.

En la sección bibliográfica se dará cuenta de los libros de los cuales se remitan dos ejemplares.

Precio de suscripción:

En el extranjero: 5 dólares al año.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes,
Ciencias y Educación.
Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. García Monge

Apartado Letra X

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega.....	¢ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El año, para el exterior: 2 tomos de 24 entregas cada uno..... (oro am.)....	\$ 6.00

AVISOS:

La pulgada cuadrada: 20 cts. oro
la inserción.

En el contrato semestral de Avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.



**El traje hace al caballero
y lo caracteriza**

La Sastrería

LA COLOMBIANA

**de Francisco A. Gómez Z.
le hace el vestido**

en abonos semanales, mensuales o al contado

Hay un inmenso surtido de
casimires ingleses

Operarios competentes
para la confección de trajes

Haga una visita y se convencerá

Avenida Central, 25 varas al Este del Cometa

San José, C. R.

Teléfono 3283

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica